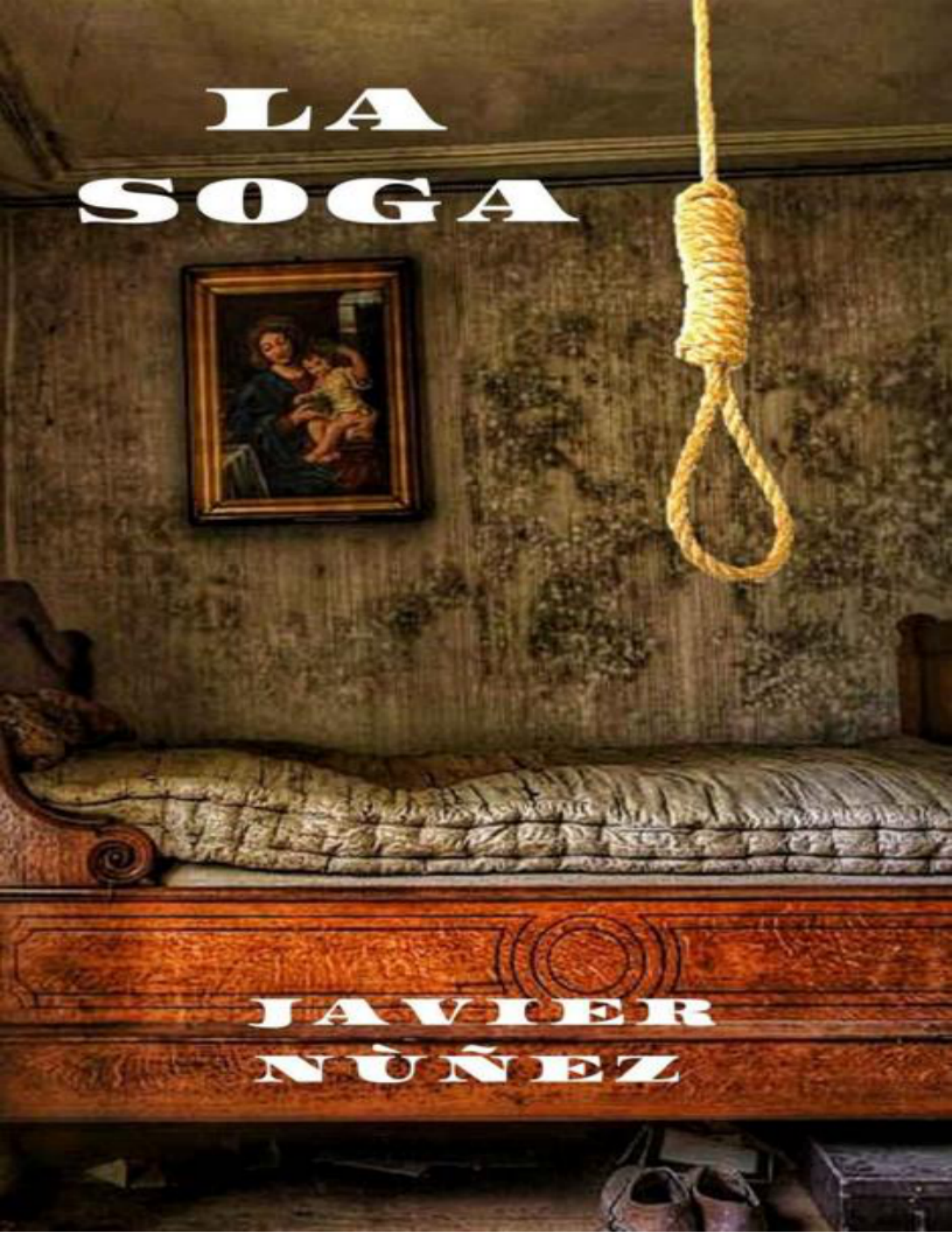

LA
SOGA
JAVIER
NÙÑEZ

LA SOGA

JAVIER NÚÑEZ

Título: *La soga*
© 2023, Javier Núñez
Página de autor: https://relinks.me/JavierNunez
Facebook: https://www.facebook.com/JavierNunez80
Instagram: https://www.instagram.com/javier_nunez80/
Entra aquí https://lektu.com/e/javier-nunez/206 y lee mis relatos gratuitos.

Portada: Javier Núñez y Larisa Polanco

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

safecreative
COPYRIGT REGISTRY

SINOPSIS

Cándido enviudó hace unos meses, y desde entonces no levanta cabeza. La tristeza lo ha abatido de tal forma que siente que su vida ya no tiene sentido. Solo su perra, Amapola, consigue hacer que se levante por las mañanas de la cama. Hasta que un día, un hombre aparece en su propiedad para pedirle un vaso de agua. Algo tan inocente, en apariencia, hará que su vida dé un giro de 180 grados. Y no precisamente para bien. Porque ha descubierto la soga que Cándido tiene pendiendo de una de las vigas de madera del comedor. Y desde ese momento parece como empeñado en lograr que la utilice para colgarse.

Para los dos grandes pilares de mi vida.
Soy un tipo muy afortunado.

La vida es como conducir una bicicleta. Para mantener el equilibrio debes seguir adelante.

ALBERT EINSTEIN

ÍNDICE

1.

2.

3.

4.

5.

6.

7.

8.

9.

10.

11.

12.

13.

14.

15.

16.

17.

18.

AGRADECIMIENTOS

OTRAS NOVELAS DEL AUTOR

1.

A María siempre le había gustado disfrutar de los atardeceres. La caída del sol, que parecía resistirse a su marcha brillando con más intensidad que nunca; la aparición etérea, fantasmal, de la luna, asomándose al mundo a hurtadillas; el cúmulo de franjas de colores en el horizonte; el revuelo sereno de las aves, que soltaban unos cuantos graznidos tras posarse en las ramas de los árboles en los que pasarían la noche. Cándido nunca habría dicho que no fuese un espectáculo bonito, digno de ser admirado. Pero no hasta el extremo de veneración con que lo hacía su mujer. Como si supiera que ese iba a ser el último ocaso antes de que el planeta implosionara o algo así. De vez en cuando, si lo pillaba por allí cerca mientras ella estaba sentada en su hamaca, lo llamaba para que fuese y se acomodara a su lado. Y, ocasionalmente, él accedía, entraba en la casa a por una cerveza y le hacía compañía.

—Dime que no es precioso —le pedía a veces.

A modo de reto, porque sabía que él no disfrutaba de aquello ni una décima parte de lo que lo hacía ella.

—Lo es —contestaba Cándido.

Nunca se quedaba mucho más tiempo del que le llevaba apurar el botellín. Porque eso volvería a tener lugar al día siguiente, y al siguiente, y al siguiente, y él siempre tenía mucho que hacer en las tierras. En primavera y verano, las horas del ocaso eran las más frescas para trabajar al aire libre, y Cándido las exprimía tanto como podía. Prorrogaba la jornada hasta que casi era noche cerrada, y solo entonces soltaba los aperos de labranza e iba a lavarse para cenar.

Desde la perspectiva privilegiada que proporcionaba el presente, Cándido miraba atrás y se lamentaba de no haberle sacado más jugo a esas puestas de sol. No tanto por ellos como por el tiempo que no había disfrutado de su mujer. La prueba de que ella había sido más consciente de eso era que, pese a no necesitarlo, lo llamaba para que fuese a sentarse a su lado.

—Tenías razón cuando decías que merecía la pena parar unos minutos para disfrutar de esto —se lamentó ahora. Se limpió los ojos húmedos con la manga de la camisa—. Siempre la tuviste.

Pero ya era demasiado tarde. Ahora el porche estaba vacío excepto por él, por Amapola —su pastor alemán hembra— y el vacío abisal de la ausencia de María. La colosal magnificencia del espectáculo abrazaba aquella parte del planeta de un modo tan suave y cálido que

la perra, tendida sobre su vientre, cerraba los ojos y se adormilaba. Los abría cada poco para asegurarse de que todo seguía en su sitio, porque estaba en su naturaleza. Pese a haberse dejado domesticar, una parte de ella todavía desconfiaba de los fantasmas de sus enemigos pasados o futuros, cuya esencia predadora continuaba grabada a fuego en su código genético.

—Ojalá me hubiera dado cuenta antes. Habría hecho las cosas de manera diferente —añadió, sintiendo una punzada de culpa en el pecho.

Se atragantó con sus propias lágrimas y tosió un poco para aclararse la garganta.

Dentro de tres días se cumplirían dos meses de su marcha. Cándido la echaba mucho de menos. Muchísimo. Hubiera dado lo que fuera, cualquier cosa, por poder disfrutar de su compañía una última vez. Había tantas cosas que no le había dicho lo suficiente. Empezando por *«te quiero»*. ¿Cuándo había sido la última vez que le había dedicado esas dos palabras? Ni se acordaba. Lo que significaba que mucho. Y es que rara vez solía dejar que sus sentimientos afloresen a la superficie. Lo hacían sentir incómodo, y la sola idea de darles rienda suelta lo ponían nervioso. Ya no era así. Pero solo porque la culpa tenía un apetito voraz y engullía todo cuanto flotaba a su alrededor.

Un recuerdo se erigía por encima de todos los demás, y era el de haberse levantado a orinar en mitad de la noche. Después de darle muchas vueltas, había llegado a la conclusión de que para entonces ya estaba muerta. No podía saberlo con seguridad, pero creía que en ese momento ya adoptaba la postura en que la había descubierto a la mañana siguiente: de lado, vuelta hacia la pared, con los brazos flexionados formando una uve y las manos, cerradas en puños laxos, cerca de la barbilla. Porque, tras mear, se había apresurado en volver y tendido en su lado de la cama, decidido a volver a dormirse. ¿Habría cambiado en algo que le hubiera pasado un brazo por encima? ¿Hubiera percibido que algo no marchaba bien? ¿Qué, de hecho, marchaba rematadamente mal? Aquellas cuestiones no dejaban de torturarle. Y lo peor era que jamás tendría la certeza absoluta de si hubiera podido salvarla. Tal vez acabara de parársele el corazón y la reanimación aún era posible. En cuyo caso, ¿habría sabido cómo estimularlo para que volviese a latir? Pero solo había una realidad y era inmutable: esa mañana había sonado la alarma del reloj a la misma hora de siempre —las siete menos cuarto— y él se había levantado de un salto, desayunado y salido afuera, sin sospechar que durante parte de la noche había estado compartiendo lecho con un cadáver.

No había sido hasta las nueve y media cuando, extrañado porque no se hubiese levantado aún, había entrado en la habitación para despertarla y descubierto que ya no había nada que despertar.

Dos meses, y aún seguían persiguiéndole las pesadillas cada vez que cerraba los ojos. Ni siquiera el cansancio acumulado de todo un día de trabajo duro en el campo, con temperaturas superiores a los treinta grados, impedían que se despertara a las tres o las cuatro de la madrugada envuelto en sudor. A veces, gritando. Otras, llorando. En las pesadillas nunca aparecía María. Ella era demasiado dulce para formar parte de los escenarios lúgubres con los que soñaba. Tendían a centrarse más en la soledad. La soledad que aparecía en su inconsciente como una hidra. Era una lucha perdida de antemano. Demasiadas cabezas que cortar como para vencerla. Así que no le había quedado más remedio que asumir que aquello seguiría siendo así durante un tiempo. Al principio, esperaba a calmarse un poco, buscaba una postura cómoda y trataba de volver a dormirse. Pero, dado que no le había funcionado, optó por cambiar de estrategia. Esta consistía en levantarse, salir al porche y ponerse a fumar hasta que las primeras luces asomaban por el este. Líneas rosadas que anunciaban el comienzo de un nuevo día, y cuya aparición Cándido aguardaba con paciencia. Albergaba la esperanza de que llegaría a un punto de inflexión en que su organismo se encontraría tan cansado que no podría hacer otra cosa que dormir.

¡Qué iluso había sido!

Porque si la soledad era una hidra, el insomnio era un monstruo con la piel de plomo y las garras de acero al que no había manera de derrotar porque carecía de puntos débiles. Era un bloque indestructible, que solo se retiraba a su guarida muy de vez en cuando y por un corto periodo de tiempo.

Se llevó el cigarrillo a los labios, le dio una chupada y lo dejó colgando entre estos. A continuación, bajó el brazo y palmeó el lomo de Amapola. La perra levantó la vista para ver qué quería y los ojos de ambos se encontraron.

—Últimamente no soy una gran compañía, ¿verdad? —le dijo. Suspiró por la nariz y estiró los labios en algo que ni siquiera podía llegar a considerarse un conato de sonrisa—. No me encuentro demasiado bien. Echo mucho de menos a tu mamá. Como tú, ¿a que sí? Era la mejor esposa y madre del mundo. Menos mal que nos tenemos el uno al otro para sobrellevarlo. Si no, no sé qué sería de mí.

Supo que Amapola lo escuchaba porque se le habían puesto las orejas tiesas. Se preguntó si ella querría seguir viviendo allí, con él. Quizá solo seguía haciéndolo porque no tenía otro sitio al que ir.

Porque no conocía nada más allá del límite de aquellas tierras. Porque, pese a saber que existía un «más allá» del límite de aquellas tierras, el miedo a lo desconocido era más fuerte que cualquier anhelo de libertad.

—¿Tienes hambre?

Cuando estaba viva, era María la que se preocupaba por ponerle de comer, la que más cuidados le dedicaba, y Amapola se lo agradecía siguiéndola a todas partes. Como una extensión suya. La examinó con atención. Había vuelto a apoyar la cabeza sobre las patas delanteras y cerrado los ojos. No le cabía duda de que, al igual que él, ella también estaba pasando por un tormentoso periodo de duelo.

—Seguro que sí —dijo, y se levantó del asiento con un quejido de esfuerzo—. Voy a por tu pienso, ¿de acuerdo?

Entró en la casa, pero Amapola no lo siguió. Se quedó allí, tendida sobre el vientre, mirando el infinito. Quizá sepultada bajo el peso de su depresión perruna. Quizá sin fuerzas para hacer nada más que continuar respirando.

.

2.

Estaba preparando la tierra para sembrar unas cuantas lechugas cuando el ruido de un motor hizo que dejara de cavar y levantara la vista. Un vehículo avanzaba despacio por el camino de entrada que comunicaba su casa con la carretera sin asfaltar que pasaba ante su propiedad. El sol se reflejaba en una esquina del parabrisas, produciendo un destello tan intenso que ni siquiera pudo distinguir de qué color era. Tuvo que esperar a que se detuviese ante el lateral de la casa, al cobijo de una franja de sombra para averiguarlo. No entendía mucho de coches, pero los Seat Ibiza estaban por todas partes. Al principio, le pareció negro. Se fijó mejor y comprobó que, en realidad, era azul oscuro. Se echó la azada al hombro y se dirigió a la casa. La única figura que distinguió en el interior, sentada tras el volante, apagó el motor y salió del coche. El aspecto del hombre lo tranquilizó un poco. Era bajo —poco más del metro y medio de estatura, enjuto y un rostro de aire afable que no hacía presagiar que hubiera ido hasta allí para causarle problemas—. Aún así, Cándido ni siquiera llegó a plantearse la posibilidad de deshacerse de la azada. Las apariencias no eran una ciencia exacta.

—¡Hola! —le saludó el hombrecillo, que se había colocado una mano a la altura de las cejas a modo de visera para protegerse del sol.

—¡Hola! ¡¿Qué se le ofrece?! —inquirió Cándido.

No le gustaba que los desconocidos se tomaran la libertad de entrar en sus tierras, y mucho menos que estacionaran. Había mucho loco suelto por ahí, y su vecino más cercano se encontraba a no menos de trescientos metros. Demasiados para pedirle ayuda en caso de que tuviera algún problema.

—Hola. Me llamo Vicente y, verá, creo que me he perdido —confesó con un apuro aparentemente genuino.

El hombrecillo había comenzado a rodear el coche y, cuando estuvieron lo bastante cerca el uno del otro, le tendió la mano derecha. Ante la posibilidad de que se encontrara ante una trampa para desarmarlo, Cándido se la estrechó con su izquierda.

—Cándido.

Hacía un buen rato que no sabía nada de Amapola e imaginó que habría estado tendida al frescor del porche, dormitando como una anciana, porque de pronto la vio aparecer en escena. Escrutaba al desconocido desde la linde de cemento. De momento, su instinto no advertía señales de peligro, y Cándido se fiaba de ella más que de sí

mismo.

—Encantado, Cándido. ¿A dónde llegaría si siguiera adelante por aquí? —le preguntó, señalando la carretera.

—A un pueblo casi abandonado y luego, por un terreno escarpado y lleno de baches, al bosque.

—No me diga —se lamentó el hombrecillo que decía llamarse Vicente—. Entonces, la he cagado pero bien.

«Un poco sí. ¿Para qué vamos a engañarnos?», pensó Cándido, aunque se limitó a dejar escapar un gruñido.

—¿No tendría por ahí un poco de agua para darme, por casualidad?

Cándido se pasó la lengua por los labios, analizando rápidamente la situación. La última vez que había mirado el termómetro, este marcaba veintinueve grados. Claro que de eso hacía ya unas cuantas horas. En ese preciso momento ya debían rondar los treinta y cinco. Señaló el botijo de barro que había bajo el porche. Pero, para llegar hasta él, antes tendría que sortear a Amapola.

—¿Es agresivo? —preguntó el hombrecillo.

—Es perra. Y no, no es agresiva. Salvo con quienes la maltratan o huelen a maldad.

—Entonces, puedo estar tranquilo —sonrió, mostrándole una dentadura acorde a su estatura, y se dirigió hacia allí.

De pronto, Amapola empezó a ladrar. Como sucedía cuando detectaba algo que no le gustaba. Pero el hombrecillo no se arredró, como imaginaba Cándido que haría. En su lugar, alargó la mano y le acarició la parte superior de la cabeza. La perra se dejó hacer, y poco después comenzó a relajarse.

—Eso es, Amapola. Buena chica —dijo.

Luego, tras rodearla, alzó el botijo y bebió de él con soltura. Mucha, a juicio de Cándido, para ser un urbanita. El chorrito fue cayéndole en la boca y su nuez de Adán subió y bajó con cada trago. Bebió hasta hartarse antes de devolver el botijo a su lugar.

—Una perra leal —comentó.

—Sí que lo es —afirmó Cándido—. ¿Puedo hacer algo más por usted? —inquirió, deseando que se largara.

Vicente se encogió de hombros.

—Bueno, ya que lo menciona, le diré que he hecho un largo viaje y que aún me queda mucho para llegar a mi destino —explicó—. Así

que me preguntaba si dejaría que me echara una siesta en una cama como Dios manda.

Cándido titubeó, frotándose la mejilla barbuda. Solo había tratado de ser amable. No esperaba que contestara que sí, y menos que le hiciera una solicitud como esa. Pensó en decirle que lo sentía mucho, pero que no alojaba a desconocidos en su casa. Sin embargo, había algo en ese hombre que le inducía a permitírselo.

—Sé que es mucho pedir. Pero le prometo que no lo haría si no estuviera terriblemente cansado —añadió el hombrecillo.

La expresión seria y franca de su rostro fue lo que terminó de decidirlo.

—De acuerdo —accedió y, a continuación, le preguntó a dónde se dirigía.

Creía que, a modo de contraprestación, tenía derecho a saber unas cuantas cosas de él.

—¿A dónde? —repitió Vicente, y estiró la comisura derecha de la boca, conformando una media sonrisa sardónica—. ¿A dónde vamos todos? ¿Llegaremos alguna vez? ¿Cuántas veces tendremos que perdernos antes de encontrar el camino correcto?

Cándido frunció el ceño y dio un paso mental hacia atrás.

—¿Es usted un predicador o algo así? —le preguntó.

—Podría considerárseme un predicador, sí. Solo que entonces sería un predicador sin feligreses. Soy mi único oyente porque a nadie le interesa mi discurso —expuso. Luego añadió, a modo de explicación —: Ando de aquí para allá buscándome a mí mismo.

Cándido creyó comprender entonces a qué se refería con las preguntas retóricas que había formulado medio minuto antes. Su viaje, pese a desplazarse en coche, era un *«viaje interior»*.

—Entiendo —repuso, pese a no tenerlas todas consigo.

—Qué gracioso —comentó Vicente, acompañando las palabras con una risita aguda.

Cándido entrecerró los ojos. Todavía llevaba la azada al hombro. Por alguna razón, no le satisfacía la idea de deshacerse de ella.

—¿El qué? —quiso saber.

—Que diga que me entiende —señaló el hombrecillo—. Porque nadie entiende a nadie excepto a uno mismo. E incluso a veces, como me está ocurriendo a mí, ni siquiera eso.

—Era una forma de hablar. Quería decir…

—Tranquilo. No importa —lo cortó Vicente.

Cándido guardó silencio, confuso. De pronto, se sentía como un intruso en su propio territorio. Como si hubiera sido él el que acabara de llegar en ese Seat Ibiza y pedido a un completo desconocido que le dejara dormir en su casa.

—No hay compañero de viaje más leal que un perro —reflexionó Vicente. Cándido siguió la dirección de su mirada. Amapola los miraba como un telespectador desganado miraría un aburrido programa de televisión—. El nombre no lo eligió usted, ¿verdad?

—No. Fue cosa de mi mujer —contestó Cándido.

—Quién tuviera una mujer, un perro y un techo bajo el que vivir —dijo Vicente con aire solemne.

El de un predicador itinerante, quizá.

Cándido asintió con la cabeza. Su boca comenzó a abrirse para decir que no podía estar más de acuerdo con él, porque hacía poco que había perdido uno de esos tres pilares y, desde entonces, su mundo se bamboleaba como un edificio en mitad de un terremoto. Entonces, decidió que no quería seguir por ese camino. Hablar de María aún le hacía mucho daño. Así que le pidió que lo acompañara al interior de la casa. Además del dormitorio de matrimonio, la propiedad contaba con otra habitación, que no recordaba haber utilizado nunca salvo como trastero.

—Tiene un poco de polvo… —se disculpó al tiempo que encendía la bombilla y dejaba a la vista una cama de noventa, una vieja mesita de noche y un montón de trastos desperdigados por el suelo.

—Es perfecta —aseveró Vicente—Ahora mismo, para mí, la mejor cama de todo el planeta Tierra.

Lo dejó allí y, de regreso a los campos, dudó acerca de si había hecho bien al permitirle quedarse. El instinto le decía que no. Hasta ahora nunca había hecho algo semejante por un completo desconocido. ¿Por qué, de entrada, no se había negado? ¿O, después, cuando había empezado a desvariar con todo ese rollo del viaje interior?

«Porque es el mismo rollo en el que me encuentro atrapado yo desde que te fuiste», le dijo al recuerdo de María. *«Estoy en pleno viaje interior, cariño. Busco una razón para seguir viviendo, y cada día que pasa me convenzo más de que no la hay».*

3.

Cuando Vicente despertó, fuera ya era noche cerrada. Cándido había estado contemplando el ocaso desde el porche, mirando el sol retroceder en el cielo hasta desaparecer —convertido para entonces en una gran mancha anaranjada— tras la línea del horizonte.

—Parece que necesitaba una buena siesta más de lo que sospechaba —comentó, adentrándose en el comedor.

—Sí, eso parece —convino Cándido.

Ya había cenado y estaba sentado en el sofá, viendo la televisión. Vicente se acercó a la ventana, apartó la cortina, examinó la oscuridad reinante y soltó un silbido. No era para menos. El pueblo se encontraba al otro lado de una pequeña loma, por lo que no se distinguía un solo punto de luz en kilómetros a la redonda.

—Le he dejado un poco de sopa de pollo, y hay queso en la nevera —añadió.

Vicente entró en la cocina —sin puerta y separada del salón por una barra americana—, levantó la tapa de la olla que había sobre los fogones y una ola de vapor le envolvió el rostro. Vertió dos cucharones en el plato hondo que Cándido le había dejado sobre la encimera y fue a sentarse a la mesa, donde comió en silencio.

Aparentemente ajeno a las miradas de reojo que Cándido le dedicaba.

A lo largo de la tarde, su opinión sobre qué hacer con respecto a él había ido variando. Quería que se largara cuando todavía era de día. Pero, una vez anocheció, decidió que no podía obligarle a irse. Había llegado allí después de perderse, y volver a encontrar el rastro no le resultaría nada fácil si circulaba por carreteras sin asfaltar y mal señalizadas. Así que había preparado una mesa para dos y decidido que, si Vicente quería, también le permitiría pasar la noche.

Tras terminarse la sopa, se cortó un buen pedazo de queso y un trozo de pan y se dejó caer en el sofá. Amapola, que estaba tendida en el suelo, entre las piernas de Cándido, se volvió hacia él sin disimular cuánto le gustaría que le ofreciera un bocado de aquello. Se lamió el hocico con su larga lengua rosada y profirió un gañido agudo.

—¿Qué pasa? ¿Tienes hambre? —le preguntó Vicente. Le ofreció un pequeño trozo de queso y la perra se levantó, fue hacia él y lo agarró con suavidad, poniendo especial cuidado en no morderle.

—Parece que se ha hecho un poco tarde para seguir su camino —apuntó Cándido, moviendo la cabeza en dirección a la ventana.

—Sí. Lo siento. No quería ser una molestia. Pero creo que no me sonó la alarma. O lo hizo y la apagué sin siquiera despertarme —se disculpó Vicente.

—No es ninguna molestia —le aseguró Cándido—. ¿Le gustan los programas de televisión?

—Unos más que otros —contestó Vicente. Hizo una pausa y se lamió la fina capa de aceite que le manchaba la boca—. ¿Sabe qué? Detesto conducir después de que haya oscurecido.

—Sí. Yo también —convino Cándido. Luego añadió—: Si quiere, puede quedarse a pasar la noche.

—¿De verdad? —A Vicente se le iluminaron los ojos—. Eso sería fantástico. Muchas gracias.

—No hay de qué —repuso Cándido.

—¿Y su esposa? ¿No se enfadará porque lo haya decidido sin consultarlo con ella? —preguntó Vicente.

—Mi mujer no está. —Hizo una larga pausa y añadió en tono desolado—: Y tampoco la espero.

—¿Qué pasó? ¿Se largó?

—No. Murió. Hace dos meses —le reveló Cándido.

—Oh, lo siento —se disculpó Vicente—. Pero aún lleva la alianza de bodas en el dedo.

—Que no estemos en el mismo lugar no significa que nos hayamos divorciado. Sigo casado con ella, y pienso seguir estándolo durante lo que me reste de vida —explicó Cándido.

Fue lo último que se dijeron en un buen rato. Estuvieron mirando la televisión, donde el programa-concurso entraba en la recta final. Vicente terminó de masticar el último trozo de queso y, cuando se lo tragó, añadió:

—Lo llaman «periodo de duelo».

—¿Qué?

—Los psicólogos. Dicen que hay un periodo de transición para la persona que se *queda.* Lo llaman así.

—Nunca me ha importado la opinión de los loqueros —aseveró Cándido.

—¿No le gusta hablar de su mujer? —lo interrogó Vicente.

—Solo con mi perra —contestó Cándido—. Desde que se fue somos dos almas en pena.

—Lo siento por los dos —se lamentó Vicente—. Por otra parte, quizá necesite que alguien haga más llevadero su dolor.

—¿Alguien como quien?

—Otra mujer —respondió Vicente.

—No, gracias.

Vicente asintió ante la rotundidad de la respuesta de Cándido. Como si se hiciera cargo de que su insistencia estaba haciéndole perder la paciencia y que sería mejor dejarlo estar si no quería que lo echara a patadas de su casa.

—¿Acaso es esta la clase de vida que pretende llevar hasta el día en que se muera? —le planteó, no obstante.

Cándido lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué clase de vida llevo?

—La de un viudo que, en realidad, no quiere estar aquí —le desveló Vicente.

—¿Y qué si es así? —musitó Cándido, aunque bajo aquel tono de voz pausado podía adivinarse la ira burbujeante que sentía.

—Nada. Pero, si me pregunta mi opinión, creo que debería replantearse su decisión— le sugirió Vicente.

En ese momento, el programa de televisión dio paso a los anuncios y Cándido lo interpretó como una señal para sacudirse de encima aquella incómoda conversación.

—Tengo que ir a mear —anunció, y prácticamente huyó de la estancia.

De lo que no iba a poder huir —era algo que aún no sabía, pero que no tardaría mucho en descubrir— era de las palabras con las que Vicente había bombardeado la superficie de su cerebro.

4.

Al día siguiente, Cándido se dirigió al cobertizo situado en la parte posterior de la casa y cogió una cuerda de cáñamo que había enrollada en un rincón, como la piel fosilizada de una serpiente. Al hacerlo, levantó una espesa nube de polvo rancio que le obligó a cubrirse la nariz y los ojos con la mano libre al tiempo que se apartaba de la pared. Flotó a su alrededor y se mantuvo en suspensión como reclamando aquella parte del territorio como propia. Cándido sacudió la mano para abrirse paso a través de ella y se frotó la cara para sacudirse la película que se le había adherido a esta. Salió del cobertizo, rodeó el lateral de la casa y entró. La cuerda no era muy larga, pero sí bastante gruesa. La soltó en el suelo del comedor, agarró un extremo y se concentró en la tarea de hacerle un nudo corredizo. Necesitó varios intentos antes de lograr uno de unos treinta centímetros de diámetro que le satisficiese. A continuación, la hizo pasar por encima de la viga de madera del techo. Atraída por el ruido, Amapola entró en la casa y se lo quedó mirando. Lo había estado observando yendo y viniendo desde el porche sin prestarle demasiada atención hasta que fue incapaz de contener su curiosidad y decidió ir a ver lo que se traía entre manos.

Cándido contempló la cuerda mientras se mecía en el aire, como un columpio para gorriones, y luego bajó la vista hasta Amapola.

—Tiene razón. No quiero seguir viviendo una vida como esta —explicó a la perra—. Sé que solo han pasado dos meses, pero no es una cuestión de tiempo. El pozo es demasiado profundo para salir de él.

Ella lo miraba a los ojos. En los suyos brillaba una expresión interrogante. A veces, sus miradas cargadas de significado, hablando a través de las emociones que trasmitían, le hacían pensar que había un ser humano viviendo dentro de Amapola. Uno puro, limpio de todo pecado. Había hablado con hombres del pueblo que se sentían orgullosos de sus perros, pero nunca había visto en ellos algo semejante a lo que mostraban los de Amapola.

—Mierda —protestó—. Necesito una cerveza.

Fue a la nevera y abrió una. Bebió un trago. Estaba fresca y resbaló por su garganta dejando un rastro amargo. La soga oscilaba suavemente de un lado a otro, como empujada por una tenue corriente de aire. Era todo muy sencillo. Ni siquiera necesitaba pensarlo. Podía dejar la mente en blanco y permitir que sus manos se movieran de manera autónoma. Solo necesitaba subirse a una silla y meter la cabeza por el agujero, ajustársela bien al cuello y… Quizá

respirar hondo un par de veces antes de saltar. Meditar una última vez su decisión para asegurarse de que era lo que realmente quería hacer. Porque si resultaba que se daba cuenta de que se había equivocado mientras se bamboleaba en el aire no habría forma de dar marcha atrás. Si Vicente andaba por allí, quizá oyera los sonidos guturales que proferiría, iría para ver qué ocurría y lo ayudaría a soltarse, pero no lo había visto desde aquella mañana. Puede que hubiera salido a pasear por los alrededores. O sabe Dios. El caso es que estaba solo, y lo que decidiera hacer sería definitivo.

Se cansó de estar de pie y fue a sentarse al sofá. Amapola se acercó a él, se hizo un hueco entre sus piernas y apoyó la quijada en su muslo derecho. Parecía capaz de captar toda la solemnidad del momento. Como si supiera que su dueño estaba atascado en una encrucijada vital. Cándido le acarició la cabeza y las orejas. Cerró los ojos y se mordisqueó el labio inferior, enfadado consigo mismo por no haber pensado en la pastor alemán. La desesperación lo tenía tan obcecado que ni siquiera había tomado una decisión con respecto a ella.

¿Qué sería de Amapola cuando él ya no estuviese? ¿A dónde iría? ¿Con quién viviría? ¿Habría alguien dispuesto a adoptarla? Tenía seis años. Aún le quedaba media vida perruna por delante. Más o menos lo que a él de vida humana, salvo que decidiera cortar antes por lo sano.

Necesitaba un plan para ella.

—Podría llevarte conmigo. Sé que sería muy egoísta por mi parte, pero…

No supo cómo continuar. Porque no había *peros* que valiesen. Nada justificaría que la sacrificara para quitarse aquel problema de encima. Pero tampoco se sentía capaz de abandonarla a su suerte. Eso sería tan injusto para Amapola, después de todo el cariño y la fidelidad que les había dado a María y a él.

Se terminó la cerveza sin dar con una solución al dilema moral que se le había presentado en el último momento. Aplastó la lata con una mano y la dejó caer al suelo. Luego volvió a mirar la soga, que ya apenas se movía. Como si se hubiera cansado de esperar y decidido, a su modo, *sentarse*.

—¿Y qué hago? Esto no es vida, Amapola. Sé que tú también puedes verlo —le planteó al animal.

Cándido oyó el sonido del motor de un vehículo que se acercaba. No circulaban muchos coches por allí, y los que lo hacían pasaban de largo. Pero este entró en el camino de tierra que daba acceso a la casa y se detuvo muy cerca de la pared lateral. Se levantó del sofá y atravesó el comedor, con Amapola pisándole los talones. Alcanzó el

porche justo cuando Vicente sacaba la llave del encendido y se quitaba el cinturón de seguridad. Entonces, algo atrajo su atención, y al mirar hacia ello vio que se trataba de la matrícula. No era como las que se comercializaban en la Unión Europea: una serie de números seguido por otra de letras, todos ellos pintados de negro sobre un fondo blanco, con la sigla del país sobre fondo azul a la izquierda. Esta era de color naranja chillón y los números y letras se entremezclaban de manera desordenada. Como si el coche, a través de ella, exigiera atención a todo bicho viviente que se cruzara en su camino.

—Cándido, ¿estás bien? —le preguntó Vicente.

Este sacudió la cabeza para despejarla y miró al hombre que había conocido el día anterior, después de que se perdiese y parase para pedirle un vaso de agua. Tenía el ceño fruncido, lo que confería a su rostro una expresión grave. Como si supiera la respuesta a su propia pregunta.

—No es mi mejor día, la verdad —contestó Cándido.

Vicente cerró la portezuela del coche y echó a andar en su dirección mientras le daba vueltas a un juego de llaves, unidas mediante el aro metálico que le envolvía el índice. Tenía el pelo húmedo y peinado hacia atrás y los ojos vivaces, como si estuviera viendo a su mismísima antítesis.

—Eso podría ser cierto si no fuera porque la partición del tiempo es sólo una invención humana —comentó Vicente, y se echó a reír como si acabara de contar un chiste muy gracioso.

Pero no había nada de gracioso en estar valorando la posibilidad de suicidarse. O, al menos, él no se la veía. A menos que uno, efectivamente, considerara la vida como un chiste. Cándido había sido muy feliz mientras María estaba allí con él, pero desde que se había marchado para no volver su existencia se había convertido en una pesadilla. Y no conocía nada más opuesto a un chiste que una pesadilla inabarcable.

Vicente pasó por su lado, todavía riéndose de su ocurrencia, y entró en la casa. Cándido se volvió hacia el frente e hizo aquello que hacía tan a menudo en los últimos tiempos: miró el cielo como si contemplara una gigantesca ciudad flotando en las alturas y tratara de dar con la casita en la que ahora vivía la mujer que amaba. Lo hacía con esa desesperación propia de las hazañas imposibles. Pese a lo cual, aun con todo en contra, seguía rastreando el lugar como si dar con ella no fuera —en el fondo— más que una cuestión de perseverancia.

5.

Vicente puso una cafetera al fuego y, poco después, salió afuera con dos tazas humeantes. Cándido cogió la que le tendía y bebió un sorbo. Lo encontró un poco amargo para su gusto pero, teniendo en cuenta que acababa de estar muy cerca de quitarse la vida, no se sintió con ánimos suficientes para levantarse e ir a por el azucarero. Vicente se recostó contra una de las enormes piedras hundidas del porche, como si el primer dueño de la casa la hubiera mandado construir en torno a ellas, y profirió un largo suspiro.

—La vida aquí es tan diferente. Todo es más pausado. Nadie tiene prisa por llegar a ninguna parte. Hasta tienen tiempo de saludar y pararse a charlar con sus vecinos.

—Sí. Aquí se funciona a otro ritmo. Es una de las cosas que más me gustaron en su momento. Cuando vinimos a ver esta casita, María y yo prometimos que nos tomaríamos la decisión con calma. Pero no pudimos. Le dijimos que nos la quedábamos y esa misma tarde le dimos una paga y señal.

—Pensaba que habías nacido y criado aquí —le confesó Vicente.

—No. Todo eso sucedió en Alicante. María y yo vinimos hace siete años. Vendimos nuestro piso, y con el del dinero que nos dieron compramos este terreno.

—Ojalá yo pudiera hacer algo semejante. Pero mi trabajo no me lo permite —dijo Vicente. Bebió de su taza y contempló la enorme llanura que les rodeaba—. Estos sitios siempre están demasiado lejos para ir y venir cada día.

—¿En qué trabajas? —lo interrogó Cándido.

Vicente se incorporó y comenzó a pasearse por el porche.

—Soy asesor.

—¿Asesor? —Cándido lo miró con expresión interrogante.

Para el caso, era como si le hubiera dicho que se dedicaba al mundo del arte.

—Mis clientes me pagan para pensar por ellos, por decirlo de manera sencilla —explicó Vicente—. Vienen al despacho porque tienen un problema que no saben cómo solucionar. Así que me contratan para que sea yo el que se ocupe de encontrar la forma de eliminar los obstáculos que se han encontrado por el camino. —Hizo una pausa enfática mientras buscaba los ojos de Cándido, que lo

rehuía sin disimulo—. Gente como tú, que tiene algo orbitando su cabeza las veinticuatro horas del día y que le arrebata el sueño y las fuerzas.

—¿Y cómo de bueno eres en tu trabajo? —preguntó Cándido.

—Bastante —aseveró Vicente, sin modestia.

—Entonces, tendrás lista de espera. Como los médicos.

—Así es. Pero hace un rato he llamado a mi secretaria para que cancele todas mis citas de manera indefinida. Se ha quedado un poco impactada, porque eso supone mucha pasta fuera de mis bolsillos. Pero se ha tranquilizado cuando le he explicado lo que pasaba: que había encontrado a alguien que me necesitaba mucho más que cualquiera de mis clientes.

—¿Y por qué le has dicho eso?

—Porque es la verdad.

—¿Ah, sí? ¿A quién?

—A ti.

Cándido arrugó la frente y ladeó la cabeza para mirarlo desde otro ángulo, sorprendido por la respuesta.

—Pues la soga que hay colgada en el comedor dice lo contrario —repuso Vicente con tranquilidad.

—Esa soga no es un problema sino una salida —adujo Cándido.

Apuró el café y se quedó mirando el áspero suelo de cemento. Vicente lo imitó, pese a que allí no había nada que ver. Poco después, Cándido sintió el peso de la atención que le dedicaba extendiéndose por su espina dorsal desde la parte alta del cráneo.

—Las salidas se toman con arrojo, sin titubear. Como en las autopistas. Tienes carteles indicadores que te avisan con antelación suficiente de que se aproxima una. Pero si decides pasar de largo y luego te arrepientes no te queda más remedio que esperar a la siguiente, tomarla, dar un giro de ciento ochenta grados y volver. Y mientras vuelves no paras de pensar y tu cabeza se vuelve un lío tan grande que tal vez las dudas te quiten el hambre y el sueño y pierdas la perspectiva de lo que ibas a hacer y te sientas como en una habitación a oscuras. ¿Entiendes lo que te digo?

—No del todo —admitió Cándido.

—La cuerda no está podrida. Se encuentra en buen estado. Si decides utilizarla, no se partirá. La cuestión es cuánto deseas utilizarla.

Quizá solo la hayas colgado ahí adentro para demostrarte a ti mismo lo mucho que echas de menos a tu mujer.

—¿Insinúas que lo único que intento es sentirme bien conmigo mismo? —inquirió Cándido, molesto.

—Yo me dedico a observar y a hacer valoraciones en función de lo que veo. —Bebió un último trago de café y arrojó el resto más allá del porche—. Dime que no tienes miedo de colgarte. Júramelo por tu mujer. Júramelo por María.

Cándido abrió la boca para jurárselo, pero las palabras se le atascaron en la garganta. Tenía miedo, sí. Pero no solo era eso. También le preocupaba Amapola. La quería como a una hija y no quería abandonarla a su suerte. Pero tampoco iba a matarla para inmediatamente después suicidarse, antes de que apareciesen los remordimientos de conciencia.

—¿Cuánto tiempo más piensas quedarte por aquí? —rezongó Cándido.

—No deberías enfadarte porque te diga lo que no quieres oír. En el fondo, aunque no quieras admitirlo, sabes que tengo razón. La verdad, en ocasiones, puede ser dura. Pero debemos enfrentarnos a ella si queremos escoger la opción más acertada.

—¿Cuánto tiempo más? —repitió Cándido.

Vicente realizó una inspiración profunda, con lo que sus pulmones se llenaron por completo del aire puro que se respiraba allí. Luego lo soltó y se volvió hacia Cándido. Amapola regresó de donde quiera que hubiera estado y se acercó a ellos. Parecía decaída y triste. María también se había llevado el brillo de sus ojos.

—Eso depende de ti, Cándido. Pero, en realidad, tú no quieres que me marche, ¿verdad? —aseveró su invitado.

6.

Despertó sorprendido de que el sol estuviera tan alto en el cielo. Por lo general, los rayos penetraban por la ventana y alcanzaban la cama, calentándole las piernas. Pero esa mañana ni siquiera podía verlo a través del cristal. Lo invadió una sensación de irrealidad y se preguntó si estaría soñando. Se volvió hacia la mesita de noche y vio que el reloj marcaba las once y veinticinco.

¡Casi mediodía!

¡No podía ser!

Agarró el reloj y se lo acercó al oído. Escuchó el cadencioso tic tac y luego miró la esfera. Ninguna de las saetas parecía haberse atascado.

¿De modo que era esa hora de verdad?

Apartó las sábanas y se apresuró a levantarse. En su cabeza, una palabra empezó a repetirse como el tañido de una campana —Tong-*¡mediodía!*-Tong-*¡mediodía!*-Tong-*¡mediodía!*—. Pero ¿cómo era posible? Si él nunca, jamás, se había levantado más allá de las ocho y media. Ni siquiera cuando se resfriaba y la nariz le goteaba como un grifo mal cerrado.

Salió del dormitorio y atravesó la estancia que hacía las veces de comedor, en dirección a la puerta. En su avance, rozó la soga con la cabeza, pero ni siquiera reparó en ello. Salió al porche y examinó el entorno. Un puñado de nubes de un blanco algodonoso salpicaba el cielo, con el sol a punto de alcanzar su cenit. Aturdido, reparó en que el coche de Vicente había desaparecido. En su lugar, solo había dos juegos de rodadas grabados en la tierra. Discurrían en paralelo hasta la carretera, a donde debía haber llegado dando marcha atrás, y luego viraban a la derecha. Recorrían apenas un par de metros en esa dirección antes de avanzar hacia la izquierda y perderse más allá de donde alcanzaba la vista.

¿Se había marchado? ¿Sin despedirse? Pero si el día anterior le había dicho que se quedaría allí hasta que él se lo permitiese. ¿Acaso se lo había pensado mejor y optado por abandonarlo a su suerte?

«Abandonarnos. A los dos», se corrigió. *«A mí y a…»*.

¿Y la perra? ¿Dónde se había metido? ¿Cómo es que no había acudido a recibirlo, como hacía siempre? Un terrible presentimiento cayó sobre su conciencia, tan bruscamente que tuvo que agarrarse a uno de los puntales que sostenían el porche.

—¡Amapola! ¡Amapola! —la llamó con voz chillona.

Esperó en silencio, atento a cualquier sonido. Pero no ocurrió nada.

«¡Joder! ¿Acaso le había hecho algo ese malnacido? ¿La había…?»

No tuvo valor para completar la frase.

«¡Vamos! ¡Muévete! ¡Búscala!», se apremió.

Y eso fue lo que hizo. La buscó en la habitación que le había cedido —la cama estaba deshecha y no había ropa ni enseres suyos a la vista—, en el trastero de la parte trasera, entre las altas tomateras sujetas por cañas y en la sombra que había al pie de los árboles. No dejó un solo lugar sin inspeccionar. Pero no halló ni rastro de ella.

La terrible certeza le hundió un puñal en el estómago.

Se la había llevado con él.

Se había ido, pero antes le había robado a la perra.

—Hijo de puta —masculló, con un nudo en la garganta.

Se apresuró en subirse a la bici y comenzó a pedalear con todas sus fuerzas. Dejó atrás el camino y enfiló la carretera de tierra apisonada. Movido por la desesperación, ganó velocidad con rapidez, siguiendo las líneas de rodadura. La casa fue encogiéndose hasta que, al trazar una suave curva a la izquierda, desapareció tras la nave industrial de una fábrica de cerámica. Para entonces, su respiración se había convertido en un jadeo que bailaba al ritmo desbocado del movimiento circular de sus piernas. Se esforzaba como si la vida le fuera en ello. Porque, tras la muerte de María, Amapola era lo único que hacía que su vida mereciera la pena. Y es que, sin ella, ¿qué le quedaba? ¿Qué aliciente tenía para seguir luchando? Si la perdía, rendirse se convertiría en una tentación tan grande como el iceberg contra el que había chocado el Titanic, solo que en su caso lo más probable era que se negase a echar mano del telégrafo para pedir auxilio.

El sol le daba de pleno en los ojos y, pese a haberlos entrecerrado, habían empezado a lagrimearle. Distinguió el vehículo que se acercaba en dirección opuesta con antelación suficiente como para apartarse a un lado sin necesidad de disminuir la velocidad. Iba tan obcecado en que aquel cabrón se había llevado a Amapola que no se fijó en él hasta que lo tuvo casi encima. Entonces, reparó en que se trataba del mismo Seat Ibiza azul oscuro que había pasado la noche aparcado frente al lateral de su casa, y una oleada de confusión y adrenalina se apoderó de él. Primero perdió el contacto con los pedales, que siguieron girando y le golpearon las piernas, y luego el

manillar comenzó a temblar en sus manos. La parte trasera coleó, haciendo derrapar la rueda, y desde ese momento la bici se volvió inconducible. Presionó los frenos —o, más bien, se aferró a ellos— mientras caía al suelo sobre el lado derecho y se deslizaba por la tierra. La fricción con esta no tardó en detenerlo, y tan pronto como lo hizo, se apresuró en ponerse en pie. Lanzó un grito, un *¡¡EEEEEHHH!!* indignado un instante antes de reparar en que el coche se había detenido. Se encontraba unos pocos metros más allá. La puerta del conductor estaba abierta y Vicente había comenzado a apearse.

—¿Estás bien, Cándido? —le preguntó Vicente al tiempo que echaba a andar hacia él.

—¡¿Y Amapola?! ¡¿Dónde está?! —lo interrogó a voces.

—¿Amapola? —repitió Vicente al tiempo que le echaba un vistazo para cerciorarse de que no tenía heridas de gravedad.

—¡Déjame en paz! ¡Dime dónde está mi perra!

—Tu perra está ahí, Cándido —dijo, señalando el Seat.

Cándido miró hacia allí y vio a Amapola a través de la luna trasera. Se movía de un lado a otro del asiento posterior, pero parecía encontrarse en buen estado.

—¿Por qué te la has llevado? —inquirió Cándido.

—Bueno, fui al pueblo a comprar unas cuantas cosas y ella misma se subió al coche —adujo Vicente—. Hemos hecho buenas migas.

Cándido profirió un suspiro de alivio al ver que todo había sido un malentendido. Solo entonces fue consciente del escozor que sentía en la cara externa de la pierna derecha, así que se bajó un poco el pantalón para examinarse la zona. Comprobó que tenía una raspadura bastante grande, con decenas de pequeños puntos de sangre. Nada que no se pudiera solucionar con Betadine y un poco de agua oxigenada.

—Tendrías que haberme avisado. Casi me da un infarto al ver que no estaba —protestó Cándido.

—¿No se te ocurrió que podría haber ido a algún sitio conmigo? —preguntó Vicente.

—Claro. Pero pensé que te habías largado y te la habías llevado contigo —suspiró Cándido, que aún se esforzaba en recobrar el aliento.

Vicente soltó una carcajada.

—¿Llevarme a tu perra? ¿Por qué iba a hacer eso? —interpeló.

«Porque, si te la llevaras, me dejarías sin excusas para no colgarme de la soga», pensó para sus adentros.

En su lugar, lo que hizo fue encogerse de hombros.

—Pues ya ves que no —dijo Vicente, sacudiéndole el polvo de la pechera de la roñosa camisa—: ¿Te ves capaz de volver a casa en bici o prefieres que te lleve en el coche?

—Solo ha sido un rasguño —contestó Cándido.

—Muy bien. Nos vemos ahora —apuntó Vicente, señalando la casa con un gesto de la cabeza.

Cándido se quedó allí mientras el Ibiza se ponía en marcha y se alejaba por la carretera. Levantó la bici del suelo y esperó a que la nube de tierra se disipase antes de subirse a ella. Para entonces, Vicente ya estaba aparcando el coche ante el lateral de la casa. Cándido vio cómo su invitado abría la puerta trasera y Amapola saltaba afuera. La observó mientras se aproximaba y no tuvo la impresión de que se encontrara asustada o angustiada por algo. Lo que significaba que, muy probablemente, Vicente decía la verdad cuando aseguraba que no se la había llevado a la fuerza.

Amapola salió a recibirle al pie del camino de acceso. Pero ya no era como antes del fallecimiento de María, cuando era tan feliz que saltaba y corría a su alrededor. El entusiasmo había desaparecido para dejar, en su lugar, un vacío tan profundo que parecía imposible que algo pudiese volverlo a llenar. Su marcha había supuesto un golpe tan duro para él como para ella, por mucho que algunos idiotas asegurasen que los animales carecían de sentimientos. Ya lo creía que tenían. El corazón de Amapola estaba roto de dolor. Él podía dar fe de eso.

Se bajó de la bici y acarició la cabeza de la perra, que le lamió la mano.

—Estaba muy preocupado por ti —le confesó.

Buscó a Vicente, pero no halló ni rastro de él. No lo vio por ninguna parte hasta que lo descubrió saliendo del interior de la casa con dos cervezas frías en las manos. Le tendió una.

—Toma. Siéntate, hidrátate y descansa un poco.

—Gracias. —Se dejó caer sobre el banco de piedra—. ¿A dónde has ido, si puede saberse?

—Pues al pueblo, a comprar algo de comida —contestó Vicente, sentándose a su lado—. ¿Por qué iba a querer ocultártelo?

Cándido se puso a pensar en cómo empezar. Entonces comprendió que no merecía la pena explicarle todo cuanto había pasado por su cabeza en aquellos instantes de pánico y optó por encogerse de hombros.

—Parece que no confías en mí —le planteó Vicente.

—No, no es eso…

—Estoy aquí para ayudarte, Cándido. No sé si fue cosa de la providencia o simple casualidad, pero algo hizo que me perdiera y terminara llamando a tu puerta. El caso es que cuando me sucede algo que se sale de lo común me gusta llegar al final del asunto, asumiendo todas las consecuencias.

—¿El final del asunto? —preguntó Cándido—. ¿De qué estás hablando?

—Ni idea. Solo tú lo sabes. O lo sabrás. Al menos, antes que yo —refirió Vicente.

Cándido miró al frente y bebió un trago de cerveza. Los rayos del sol caían casi en vertical, eliminando cualquier conato de sombra, lo que le hizo recordar que era mediodía. Le preguntó si sabía por qué había dormido hasta tan tarde.

—Anoche no podías pegar ojo y viniste a preguntarme si tenía algo que pudiera ayudarte. ¿No lo recuerdas?

—No.

—Te di un relajante muscular bastante suave, los tengo mucho más fuertes, y como no estás habituado a tomarlos te hizo un efecto descomunal.

—¿Yo te pedí una pastilla para dormir? —preguntó Cándido, anonadado.

En su opinión, todo eso eran drogas fabricadas *ex profeso* por las farmacéuticas para enganchar a la gente y que se volvieran dependientes. En el mundo moderno, donde el estrés estaba a la orden del día, se trataba de un negocio multimillonario, que no tendría nada de malo si uno pudiera dejar de tomarlas cuando quisiese sin sufrir efectos secundarios. Él siempre las había rechazado. Incluso en los días posteriores a la muerte de María, cuando se metía en la cama y se pasaba las noches en blanco.

—No lo recuerdo. Además, odio las medicinas. Matan más de lo que curan —sentenció Cándido.

—Respecto a eso, no estoy del todo seguro de que lleves razón —

musitó Vicente.

—Cree lo que quieras. Me da igual —replicó molesto, levantándose del banco y desapareciendo en el interior de la casa.

7.

Cándido estaba tan enfadado consigo mismo que no le dirigió la palabra a Vicente en todo el día. No le gustaba lo que había hecho, ni tampoco lo que había dicho. Siguió sin recordarse pidiéndole una pastilla para dormir, como tampoco se recordaba metiéndose en la cama y conciliando el sueño en cuestión de minutos. Desde la muerte de María dormía mal. Rara era la noche que cerraba los ojos y no lo asaltaba su recuerdo, seguido de la humedad de las lágrimas. Llegó a la conclusión de que no podía ser cierto que le hubiera pedido ayuda. Odiaba esas mierdas químicas. La mayoría te dejaban grogui y sin fuerzas durante todo el día siguiente. Pero, entonces, ¿cómo es que había permanecido inconsciente tantas horas?

En cuanto a Amapola, se la había llevado sin consultárselo. Si su excusa era que no había querido despertarlo, al menos debería haberle dejado una nota en la mesilla de noche o en la cocina. Aunque pensara que estaría de vuelta antes de que se le pasaran los efectos del somnífero. ¡Dios! Se había vuelto medio loco cuando creyó que la había secuestrado. Porque Amapola… bueno, ahora ella era todo cuanto tenía. Lo único que lo mantenía cuerdo y con los pies en la tierra. Si ella desaparecía todo dejaría de tener sentido para él. El vacío existencial lo absorbería con la misma fuerza con que lo haría un agujero negro y ya no habría nada que le impidiera suicidarse.

¿Y qué significaba eso de que estaba allí para cumplir con un *asunto*? ¿Qué coño significaba eso e*xactamente*? ¿Acaso se consideraba un gestor de crisis itinerante?

Al atardecer, a esa hora en que el sol desaparecía tras el horizonte y el cielo se volvía de un color rojo sangre, le dolía el estómago de tanta bilis como llevaba tragada desde que se había levantado. Llevaba todo el día evitado a Vicente, pero eso no significaba que se lo hubiera pasado ignorándolo. Más bien al contrario: no le había quitado ojo de encima, observándolo como si fuera un ratón de laboratorio en pleno experimento. Y a su juicio, el hecho de que durante un par de horas Vicente se hubiera puesto a arrancar malas hierbas con una pequeña azada, era la forma que había escogido de pedirle disculpas desde la distancia.

Horas después, mientras se encontraba sentado en el porche mirando el ocaso del Rey Sol, sí se le había acercado y tendido un botellín de cerveza. Cándido lo había rechazado alegando que ya tenía uno.

—No te durará mucho —adujo Vicente, señalando el que sostenía

por el cuello.

Cierto. Solo le quedaban un par de tragos, y la siguiente vez que Vicente lo sacudió ante él, Cándido no se hizo el duro y lo cogió. Era evidente que estaba arrepentido por lo que había hecho y se estaba esforzando por conseguir su perdón.

Permanecieron un buen rato allí sentados, en silencio, sumidos en sus propios pensamientos mientras contemplaban la belleza del ocaso. Hasta que, de pronto, Vicente rompió el hielo. No debió resultarle nada fácil, porque lo cierto era que no tenían mucho en común. Pero, aún así, lo intentó. Le preguntó cómo había terminado en aquel rincón del mundo. ¿Por qué tan lejos de todo y de todos?

—¿Por qué no? —inquirió Cándido.

—No sé. ¿No tienes familia?

—Hubo… *desavenencias* y terminamos perdiendo el contacto.

Cándido se retrotrajo en el tiempo hasta el momento en que había tenido lugar el punto de inflexión. No era una historia excepcional. Rara vez lo era. Solo había que afinar el oído y prestar un poco de atención para darse cuenta de que en todas las familias se cocían habas y que la diferencia estribaba, únicamente, en los detalles.

—Nací en Alicante y he vivido allí la mayor parte de mi vida. Es donde está toda mi familia de sangre, tanto materna como paterna. Un día de verano, cuando tenía catorce años, mi primo, unos amigos y yo fuimos a una cala situada en un pueblo al que se podía ir en bici. Nos gustaba porque no estaba muy llena, pero sobre todo porque había unas rocas enormes que entraban en el mar. Nos pasamos todas las vacaciones tirándonos desde esas rocas. Unos diez metros de altura, más o menos. Después de unos cuantos saltos nos creíamos unos expertos y le habíamos perdido el miedo a tirarnos.

—La famosa sensación de inmortalidad adolescente —apuntó Vicente.

—Exacto. El peligro no nos frenaba —convino Cándido—. Aún así, no éramos idiotas, y los días en que el mar estaba muy picado no íbamos. Pero tenía que estar *muy picado*. Si estaba *solo un poco picado* nos cogíamos las bicis y una toalla y nos pasábamos la tarde haciendo piruetas en el aire.

»Fue uno de esos días en los que estaba *solo un poco picado* cuando casi ocurre una desgracia. Mi primo saltó desde lo alto y dio un par de giros en el aire. Cayó mal y, por si fuera poco, las olas empezaron a empujarlo hacia las rocas. Yo estaba en el agua porque había saltado justo antes que él, así que empecé a nadar para ayudarle. Pero después

de que la primera lo estrellara contra las rocas me cagué. Me entró el pánico y dejé de nadar. Creía que iba a morir y yo no quería seguir sus pasos. Por suerte para él, dos de nuestros amigos fueron más valientes que yo y lo rescataron. Consiguieron arrastrarlo hasta la arena y, entonces, nos dimos cuenta de que tenía varios huesos rotos. Buscamos ayuda. Lo más próximo era un restaurante de una playa cercana, y desde allí pedimos una ambulancia.

—¿Murió?

—No. Por suerte, ninguno de los golpes se lo dio en la cabeza —contestó Cándido—. Pero todos se dieron cuenta de lo que yo había hecho, o más bien de lo que yo *no había hecho*, y se lo contaron. Y mi primo se lo contó a sus padres. Les dijo que, de haber dependido de mí, él estaría muerto. Ahí comenzó todo. Mis tíos me acusaron de ser un mal primo y mis padres salieron en mi defensa, porque yo también les había contado mi versión de los hechos, alegando que el imprudente había sido mi primo y que yo no tenía por qué jugarme la vida solo porque él lo había hecho. Total, que rompimos la relación y nunca más volvimos a retomarla.

—¿Y cómo terminasteis en este sitio? —preguntó Vicente.

—María era de un pueblo a treinta kilómetros de aquí, y cuando la empresa en la que trabajaba me despidió a cambio de una buena indemnización vendimos nuestro piso y cambiamos la ciudad por el campo. Antes de eso, todos los veranos veníamos de vacaciones a la casa de mis suegros, y a mí siempre me encantó la tranquilidad de los pueblos pequeños.

Cándido, que tenía la boca seca de tanto hablar, hizo una pausa para beber un nuevo trago de cerveza. Por el este, el cielo estaba pasando del rojo deslumbrante a un rojo mate. María nunca se cansaba de contemplar esa preciosa metamorfosis. Decía que hacerlo la relajaba. Ahora, el recuerdo de su silueta recortada en el porche amenazó con humedecerle los ojos. Se los frotó con el pulgar y el índice de la mano libre y prosiguió antes de que se le quebrara la voz:

—María encontró trabajo en una charcutería y yo en una fábrica de piensos. Lo de vender hortalizas puerta por puerta lo venía haciendo en mi tiempo libre. Pero al día siguiente a su funeral, fui a la fábrica y le dije a mi jefe que no me sentía con fuerzas para seguir. Hay más dinero en la cuenta del banco del que podré gastar antes de jubilarme y cobrar la pensión. No éramos ricos, pero este cacho de tierra nos costó una tercera parte de la cantidad por la que vendimos el piso. Y dos sueldos daban para ahorrar todos los meses. Conclusión: vivo aquí solo y no tendré que preocuparme de nada en lo que me resta de vida.

—De nada salvo de evitar que las emociones te desborden —señaló Vicente.

Cándido se volvió y lo miró con dureza.

—Salvo de eso, sí —admitió.

8.

«¡No lo hagas! ¡Tienes que reponerte! ¡Ella querría que siguieras con tu vida!».

En el astroso carretillo que enganchaba a la bicicleta con la que tres veces por semana Cándido bajaba al pueblo nunca faltaban patatas y cebollas, lechugas, pimientos, pepinos y rábanos recién cogidos de su huerta. El grito lo asaltó mientras circulaba por una de las calles sin asfaltar de este y se asustó tanto que su pie derecho resbaló del pedal y estuvo a punto de precipitarse hacia delante por encima del manillar.

Asustado, y todavía sin haberse repuesto del susto, se volvió rápidamente en todas direcciones, con los ojos abiertos como platos, y examinó el entorno. Los movimientos de cuello fueron tan bruscos que los tendones le crujieron como palomitas en una sartén. Eran las diez de la mañana, pero esa calle en particular estaba casi vacía. Además, no había nadie vuelto hacia él. En cuanto a la voz, le había sonado átona. Como la que podría surgir del interior de una de esas tuberías de cemento que conducían el agua.

Se bajó de la bici, temblando tanto que casi perdió el equilibrio al hacerlo, y cerró los ojos. Escuchar voces eran cosas de locos. ¿Era eso lo que estaba sucediendo? ¿La muerte de María le había afectado tanto que estaba perdiendo la cabeza? Esperaba que no, pero tampoco rechazó esa posibilidad con demasiada vehemencia. Porque la tristeza, si se cerraba en torno a ti con demasiada fuerza, podía sumirte en una depresión. Como, creía, era su caso. Así que era razonable pensar que la pérdida del amor de tu vida podía hacerte enloquecer.

Decidió que necesitaba una cerveza bien fría y, cuando se sintió con fuerzas para volver a ponerse en marcha, pedaleó hasta el bar de Lucas. Antes de entrar, cubrió las hortalizas con una lona de plástico azul para que nadie sintiera la tentación de llevarse algo sin pagar. Era capaz de reconocer a todos los que había allí dentro sólo por el medio de transporte en el que habían llegado, en su mayoría motocicletas de menos de cincuenta centímetros cúbicos. Saludó a los que se volvieron para mirar quién era el recién llegado y se acercó a la barra. El propio Lucas en persona, un tipo bajo y algo rechoncho, con un bigote espeso y más o menos bien recortado, se encontraba al otro lado del mostrador.

—Hola, Lucas. Una jarra de cerveza.

—Marchando.

Se la estuvo bebiendo mientras pensaba en la experiencia que acababa de vivir. Estaba aterrado porque, dado que no creía en los fantasmas, ¿que había sido aquello sino una alucinación? Y esa clase de cosas solo les sucedían a las personas que estaban perdiendo la cordura…

—Hola… ¿Cándido? —oyó que decía una voz de mujer a su espalda.

Se volvió, estudió un instante su rostro y llegó a la conclusión de que no la conocía. Tenía el pelo largo, rizado y teñido de rubio, y un cuerpo tirando a menudo. Por las patas de gallo en las comisuras de los ojos calculó que rondaría los cuarenta y cinco años. Vestía una camiseta barata y unos vaqueros desgastados. Sonrió y dijo:

—Soy Amaya, la mujer del hombre que está viviendo con usted.

«Viviendo», se repitió Cándido.

Le tendió la mano y él se la estrechó. El apretón fue delicado pero firme. Tomó asiento en el taburete contiguo, pidió una Cola light y guardó silencio durante lo que parecieron un puñado de segundos eternos.

—No estoy aquí para darle el pésame, pero sí le diré que siento que perdiera a su mujer. Ha debido de ser un golpe muy duro para usted.

—Gracias —musitó Cándido entre dientes—. ¿A qué ha venido, si no le importa que se lo pregunte?

—Vicente y yo tuvimos una discusión la última vez que nos vimos. Tenía que haber vuelto a casa hace unos días, pero no lo hizo. Y ayer me llamó para decirme que estaba bien, pero que necesitaba pensar antes de regresar —le explicó—. Insistió tanto en que no viniese que pensé que estaba ocultándome algo.

—¿Algo como qué? —preguntó Cándido.

—No lo sé. Por eso hice una maleta y vine hacia aquí rápidamente —explicó Amaya. Cándido bajó la vista y vio que, en efecto, entre sus piernas había una pequeña maleta de viaje con una de esas asas metálicas extensibles—. A veces creo que se arrepiente de que nos pusiéramos esos localizadores GPS bajo la piel —siguió diciendo, mostrándole la cara interna del bíceps izquierdo, donde tenía una diminuta cicatriz.

Cándido pensó en preguntarle qué necesidad habían tenido de ponerse esos chips, pero la cuestión no le importaba tanto. Era simple curiosidad, y esas cosas podían esperar.

—Está en mi casa, sí. Llegó hace unos días. En principio, solo paró

porque se había perdido y para pedirme un vaso de agua, pero luego me preguntó si podía echarse una siesta… —Se detuvo bruscamente.

No había pensado en el curso de los acontecimientos hasta ese momento y ahora, al hacerlo, reparó en el turbio halo que envolvía todo lo relacionado con la estancia de Vicente en su casa. ¿Le había mentido cuando le dijo que se había perdido? ¿Solo buscaba, en realidad, un techo bajo el que cobijarse una temporada?

—¿Cómo ha llegado aquí? —le preguntó Cándido, que no había visto afuera ningún vehículo que no reconociese.

—En autobús —contestó Amaya.

—Yo voy en bici. Si quiere, puede venir conmigo.

—De acuerdo —accedió ella.

Cándido se bebió su cerveza de tres largos tragos, pidió a Lucas que le cobrara y se puso en pie. Amaya lo siguió mientras se dirigía a la puerta.

—¿Está muy lejos su casa? —preguntó esta.

—Un poco —contestó Cándido. Y añadió—: Si quiere, puede ir montada en la carretilla.

Amaya le echó un vistazo. No estaba vacía, pero había vendido buena parte del género con que cargaba esa mañana durante el camino de ida y cabría en ella sin problemas. Lo que sí estaba era un poco sucia de tierra. Amaya forzó una sonrisa y negó con la cabeza.

—Eres un buen hombre —dijo, decidiéndose a tutearlo—. No todos le abrirían las puertas de su casa a un desconocido y, menos aún, le permitirían quedarse.

«Permitido», repitió Cándido para sí. *«¿Es lo que hice?»*.

La realidad era que Vicente se había levantado tarde de la siesta —ya había anochecido, o no faltaba mucho—, así que también le había permitido quedarse a pasar la noche. Después de eso, ninguno de los dos había sacado el tema. Como si, en algún momento mientras dormían, hubieran cerrado un acuerdo tácito para que pasase allí el tiempo que precisara. Ni siquiera se le había pasado por la imaginación la posibilidad de invitarle a irse. No hasta que creyó que se había *fugado*, llevándose a Amapola con él. Pero después, cuando comprendió que todo había sido una confusión, la idea de echarle de su casa había vuelto a disiparse como el gas de una botella de refresco abierta.

Se pusieron en marcha. Él, montado en la bicicleta, con su maleta

en la carretilla; ella, caminando a su lado.

—¿Cómo se ha portado contigo, Cándido? —le preguntó Amaya poco después—. Y quiero la verdad.

—Bien —contestó él sin necesidad de pensarlo—. Está siendo una compañía agradable.

—¿Agradable? ¿En serio? —inquirió Amaya. Como si no pudiera creerlo—. ¿No ha tratado de psicoanalizarte o algo por el estilo?

De pronto, Cándido dejó de pedalear, se volvió hacia Amaya y la miró como si acabara de descubrirle que sabía más de lo que él mismo sospechaba. El camino era llano y la bicicleta siguió avanzando por inercia, pero las piedrecitas sueltas empezaron a frenarla. Antes de que se detuviera del todo, Cándido volcó todo su peso en la pierna derecha y dio una poderosa pedalada, que le hizo recuperar parte de la velocidad perdida.

—Algo por el estilo —contestó, y pensó: *Me ha animado a quitarme la vida. Puede que no cuente como psicoanálisis, pero tampoco es moco de pavo.*

—Tiene esa mala costumbre —se lamentó Amaya—. Yo le digo que a la gente no le gusta que le hagan esa clase de cosas, pero él sigue erre que erre. Se defiende alegando que él no obliga a nadie a contestar. Ya, le digo yo. Pero eso no significa que estén de acuerdo con que te metas en sus vidas. Es solo que son demasiado educados para pedirte que cierres el pico y te metas en tus asuntos. A veces, medio en serio medio en broma, le digo que es como un pájaro carpintero. —Rio. Y aunque Cándido no entendió por qué lo hacía, estiró los labios en una sonrisa para que no se sintiera incómoda—. Ya sabe que esos pájaros se pasan el día agujereando los árboles en busca de comida. Gusanos, termitas y demás bichos. Bueno, pues él hace lo mismo con las cabezas de la gente. Cuando se fija en una, la picotea sin parar. La picotea y la picotea hasta que descubre que no hay nada interesante o consigue el gusano.

A Cándido le pareció que no era una metáfora demasiado buena, pero se acercaba bastante a la verdad. Dos días atrás, sin ir más lejos, le había sonsacado la historia de su enemistad con su familia. Había sido sutil. Tanto que él ni siquiera había reparado en que estaba abriendo su corazón a un completo desconocido. Su cercanía le había desatado la lengua, por decirlo de algún modo.

—Pues, en este caso, creo que ha conseguido el gusano. Solo que esta vez es una perra de treinta kilos y se llama Amapola.

Amaya se lo quedó mirando con sus ojos marrones. Como tratando

de comprobar si hablaba o no en serio. Al ver que sí, puso los ojos en blanco y movió la cabeza a derecha e izquierda en un gesto de «*Te juro que lo de este hombre da para escribir un libro*».

—Apuesto a que fue tu mujer la que le puso el nombre —apuntó con perspicacia.

Había pasado a tutearlo de un modo natural, y a Cándido le pareció bien. A fin de cuentas, tenían casi la misma edad y estaban unidos por el lazo común con el extraño hombre que se había instalado en su casa.

—Apuestas bien —contestó Cándido. Entonces, recordó algo que se le había pasado por alto en el bar. Algo en lo que había reparado y que, antes de que pudiera preguntarlo, la conversación les había llevado por otros derroteros—. ¿Cómo sabías que mi esposa había muerto recientemente?

—¿Qué? —preguntó Amaya.

Cándido se dispuso a explicárselo con más detalle.

—En el bar, después de las presentaciones. Me dijiste que no estabas aquí para darme el pésame.

Amaya asintió, comprendiendo al fin.

—Ah, vale. Sí. Verás… —Se pasó la lengua por los labios—. Leo el iris del ojo izquierdo de la gente.

—¿Perdona? —dijo Cándido con las cejas enarcadas.

—Es un don. Bastante anormal. O mucho, mejor dicho. Pero es justamente así —aseveró Amaya.

—¿Leíste que mi mujer estaba muerta en mi iris? —le preguntó Cándido, turbado.

—Tu iris izquierdo, sí. También leí que la querías mucho y que, desde entonces, estás deprimido —repuso ella, profundizando en el asunto—. Por eso quería saber si mi marido ha estado dándote mucho la lata.

—¿Él también lee los iris? —preguntó Cándido.

Se le ocurrió que quizá solo había parado porque se había perdido y, tras ver el bajo estado de ánimo en que se encontraba, decidido quedarse unos días para *«descansar del agotador mundo exterior».*

—No. Su habilidad es la intuición.

—¿Con intuición quieres decir corazonada? —quiso saber Cándido.

Amaya lo meditó un instante.

—Sí. Supongo que llamar corazonada a lo que tiene también es correcto.

Como iban despacio, las ruedas de la bicicleta apenas levantaban polvo. Pero eso no había impedido que los zapatos negros de Amaya estuvieran cubiertos por una capa marrón clara. Sin apenas darse cuenta, ya habían cubierto más de la mitad del camino. Era una de las propiedades que tenían las conversaciones amenas. Caminaron un puñado de metros en silencio y luego Amaya volvió a tomar la palabra.

—¿Has perdido peso desde que ella murió?

—Puede que un poco —admitió Cándido.

En realidad, la respuesta era «sí». Un «sí» rotundo. La prueba estaba en el agujero en el que últimamente se abrochaba el cinturón: tres menos que cuando ella vivía.

—¿Qué crees que te dirá tu marido cuando te vea llegar de improviso? —le preguntó Cándido para cambiar de tema.

—Se quejará de que haya salido a buscarlo. Otra vez. Y probablemente empiece a refunfuñar cosas como que no confío en él, que no le doy su espacio, que empieza a estar harto de mí… Nada nuevo —le confió Amaya.

—¿En serio? —preguntó Cándido, haciendo un mohín con la boca —. Yo jamás le hablé así a mi mujer.

—Estoy segura —convino Amaya—. Pero el nuestro es un matrimonio atípico. Es inútil buscarle una explicación, porque no la tiene.

9.

En la distancia, Vicente era una sombra arqueada cuya cabeza se confundía con el motor del Seat. Siguió allí abajo, bajo la chapa del capó, mientras Cándido y Amaya recorrían la carretera de tierra y entraban en el camino particular de la casa. Hacía mucho calor, y la cara de Amaya estaba brillante de sudor. Vicente no se volvió al oírlos llegar, probablemente porque no esperaba que Cándido volviese acompañado. De ahí el sobresalto que se llevó cuando escuchó la voz de su mujer.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó, con los ojos abiertos como platos.

—Comprobar que estás bien, para variar —contestó Amaya. Luego, dirigiéndose a Cándido—. ¿Hay agua en ese cubo? Quisiera refrescarme un poco.

Se refería al cubo de goma que había junto al pozo, atado a este mediante una cuerda. Cándido contestó que sí.

—Yo siempre estoy bien. Ya lo sabes. No tenías que haberte molestado en venir —replicó Vicente mientras Amaya hundía las manos en el agua y se las estrellaba contra la cara.

—No esperaba que me levantaras en volandas y nos pusiéramos a girar, pero creía que te alegrarías de verme —repuso Amaya, con el agua chorreándole por el rostro y goteando en el suelo.

—No uses tus técnicas de manipulación conmigo. Recuerda que me las sé todas. De la primera a la última —adujo Vicente.

A Cándido aquella le pareció una conversación de lo más surrealista. Desde luego, él nunca había hablado así a María. Ni ella a él.

—Deja de ver conspiraciones donde no las hay. Te pasas el día imaginando que las nubes son castillos en el aire —replicó Amaya.

—No soporto cuando te pones así —se sinceró Vicente. Luego, mirando a Cándido, añadió—: Es que la mandaría a paseo, te lo prometo.

—¿Cuando te digo las verdades, quieres decir? —Se había secado la cara con la manga de la camiseta, haciendo que se le corriera un poco el maquillaje.

—Déjalo ya, ¿quieres? —le pidió Vicente, al que se le había hinchado una vena que le atravesaba la frente en diagonal.

—Has empezado tú, diciéndome que qué hacía aquí —replicó Amaya—. Pero he venido a llevarte conmigo a casa y es lo que voy a hacer.

—¿Eso crees? —inquirió Vicente en tono desafiante. Luego una de las comisuras de su boca se estiró en una sonrisa desafiante—. Antes, echa un vistazo ahí dentro. Si no te impresiona lo que ves, me marcharé contigo.

Amaya lo miró con expresión confusa.

—Adelante. Hazlo —insistió Vicente.

Amaya atravesó el claro con paso decidido, en dirección al porche. Cándido no entendió a qué quería Vicente que le echara un vistazo. Hasta que ella abrió la puerta y, un instante después, soltó un grito. Porque, desde donde se encontraba, alcanzaba a ver la soga que pendía de la viga de madera a través del vano de la puerta. Lo que no entendió fue por qué le incumbía a él aquello. La turbación fue aún mayor cuando Amaya giró sobre sí misma y lo miró con una expresión casi dolorosa.

—¿Por… qué? —acertó a articular.

Cándido arrugó la frente. La había conocido hacía menos de una hora. No le debía nada. Y menos una explicación de la razón por la que estaba barajando la posibilidad de suicidarse.

—¿Qué dices ahora? —se jactó Vicente. Su sonrisa dejaba a la vista todos los dientes de colmillo a colmillo—. ¿Quieres irte?

Pero Amaya solo lo escuchó de refilón. Se hallaba vuelta hacia Cándido y le dedicaba toda su atención.

—No puedes hacerlo —musitó con voz temblorosa.

—Solo está *ahí* —replicó Cándido, a la defensiva.

—Que esté ahí ya es mucho —adujo ella.

—Eh, cariño, venga, ¿por qué no nos largamos de una vez y dejamos a nuestro amigo que haga lo que le venga en gana? —rio Vicente—. Es su vida. Puede usarla y tirarla cuando quiera.

—Haz el favor de callarte —le espetó Amaya con brusquedad.

Vicente echó la cabeza hacia atrás y soltó una sonora carcajada.

—Esto es por tu mujer, ¿verdad? —preguntó Amaya a Cándido, ignorando la actitud de su marido.

—¿Por qué se ríe? ¿Qué está ocurriendo aquí? —gritó Cándido, a punto de ser superado por los acontecimientos.

—Olvídate de él y contesta a mi pregunta —le pidió Amaya.

A la mujer se le había enrojecido el blanco de los ojos y le temblaba el mentón. Como si estuviera haciendo un gran esfuerzo por no llorar. Cándido no comprendía que la profundidad de su disgusto por la presencia de la soga en medio de su sala de estar pudiese doler tanto a alguien a quien acababa de conocer. Allí había algo raro. Algo cuya comprensión se le escurría entre los dedos como arena fina.

—Sí. Es por mi mujer —contestó Cándido con determinación—. Pero a ti eso no te importa porque no es asunto tuyo.

—Claro que lo es —lo corrigió Amaya.

—Por supuesto que no —rechazó Vicente.

—Lo es desde el momento en que mi marido llegó aquí y empezó a influir en ti —expuso Amaya.

—¿Influir? —inquirió Cándido, volviéndose hacia Vicente.

Este se limitó a encogerse de hombros.

—Quizá no lo hayas percibido, porque puede llegar a ser muy sutil. Pero no te quepa ninguna duda de que lo ha hecho —expuso Amaya.

—No nos engañemos, querida. Aquí la única instigadora que hay eres tú. Tú eres la maestra de las mentiras —replicó Vicente en un tono dulce, casi amoroso.

—No pienso irme hasta que no me asegure de que estás a salvo de ti mismo, Cándido —aseveró Amaya, volviendo a ignorar a su marido.

—Entonces, ¿alargamos las vacaciones? —bromeó Vicente, y soltó otra risotada.

—¡Cierra el pico! —le gritó Amaya.

De pronto, le fallaron las piernas y trastabilló un par de pasos hacia atrás. Logró no perder el equilibrio pero, pese a ello, a Cándido le resultó evidente que algo andaba mal en ella. Se apretaba el pecho con las dos manos y el aire parecía entrarle con dificultad en los pulmones. Cada vez que intentaba una inspiración, su garganta emitía un angustioso ruidito de esfuerzo. Como si parte del conducto traqueal estuviera obstruido. Corrió hacia ella, le rodeó la cintura con un brazo y la condujo hasta una hamaca.

Aquella desde la que María contemplaba los atardeceres.

No se había sentado en ella —apenas la había tocado, en realidad— desde su muerte. Pero en ese momento lo único que le preocupó fue acomodar a Amaya en algún sitio antes de que se desmayase.

—No te preocupes. Es la mejor farsante de la historia de la Humanidad y este es uno de los trucos de su repertorio —aseveró Vicente.

Cándido apenas lo escuchó, centrado como estaba en cuidar de la mujer.

—Voy a por un vaso de agua. Ahora mismo vuelvo —le dijo, y desapareció en el interior de la casa.

10.

Se encontraba preparando una sencilla cena a base de ensalada de lechuga y tomate y embutidos fríos cuando una nueva voz lo sobresaltó. Habló cerca de su oído derecho pero, cuando se volvió, no encontró a nadie. Entonces, dio una vuelta sobre sí mismo, solo para descubrir que era el único ser humano de la cocina. Todo el mundo daba por buena la creencia de que, en materia de animales domésticos, los perros y los gatos tenían una sensibilidad mucho más desarrollada que la de las personas. Sin embargo, Amapola se hallaba tendida de costado sobre las frescas baldosas y tenía los ojos cerrados. El hecho de que no hubiera reaccionado a aquella *voz* le llevó a pensar que tal vez todo hubiera sido fruto de su imaginación. En cuyo caso, la cuestión a tratar era por qué se estaba haciendo eso. ¿A santo de qué inventaba voces diciendo cosas como «*Tienes que ser fuerte*», «*No te rindas* o «*Deshazte de esa soga*»? ¿Acaso era la voz de la razón tratando de imponerse a aquella otra corriente autodestructiva, que discurría como un río subterráneo desde una región oscura y fría de su cerebro?

Captó las otras voces solo cuando aparcó ese asunto. Eran dos, y venían de fuera de la casa. Pero estas sí las conocía. Eran las de Vicente y Amaya, hablándose a gritos. La disputa anterior entre ambos se había visto interrumpida después de que Amaya se sintiera indispuesta y accediera a echarse una siesta en su cama para reponer fuerzas. Una siesta que se había alargado hasta bien entrada la tarde y que, a la luz de los hechos, había supuesto el fin de la tregua.

No tenía intención de inmiscuirse porque lo consideraba una disputa conyugal, de esas en las que las personas se echaban en cara cosas que pertenecían al coto privado de la pareja. Pero cuando Amaya soltó un grito y luego se produjo una serie de ruidos que hacían pensar que habían pasado de las palabras a las manos dejó caer el cuchillo con el que estaba cortando queso y corrió afuera.

Lo primero que vio fue a Amaya medio tendida en el suelo, con el pelo revuelto y una marca roja en la mejilla: la prueba inequívoca de una bofetada. Pronunció su nombre justo en el momento en que el motor del Seat se ponía en marcha con un rugido. Cándido ni siquiera tuvo tiempo de plantearse la posibilidad de ir a por Vicente. Antes siquiera de que la idea se materializara en su cabeza, el coche ya aceleraba por el camino de acceso. Lo observó con impotencia mientras doblaba a la izquierda y se alejaba a toda velocidad, levantando una nube de polvo tras de sí.

Se olvidó de él —al menos por el momento— y fue a socorrer a

Amaya.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, sí. Estoy bien —repuso ella.

Cándido le apartó el pelo de la cara con cuidado.

—Creo que voy a llamar a la policía.

—¡No! ¡Nada de policía! —gritó Amaya, súbitamente agitada—. No es la primera vez que nos peleamos. En una ocasión, fui yo la que lo mandé al hospital con desprendimiento de testículo. Y él no me denunció.

Cándido arrugó la frente.

—¿Estás segura?

—Estoy segura —aseveró Amaya.

La vio tan decidida que optó por no insistir. La ayudó a levantarse y la abrazó. Amaya no solo se dejó hacer sino que apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó con voz suave.

—Somos muy diferentes —contestó Amaya.

—Diferentes. —Cándido sopesó la palabra en la lengua como si fuera un trozo de chocolate—. ¿Y qué diferencias se solucionan a golpes?

—Las que se encuentran atrapadas en un callejón sin salida —indicó Amaya.

Cándido inspiró con fuerza.

—¿Quieres hablar de ello?

—Retira esa soga de ahí, Cándido. Por favor —le pidió.

Cándido arrugó el ceño. Luego se volvió para mirarla a través del vano de la puerta de entrada.

—Si no te gusta, no la mires —replicó.

—Es una declaración de intenciones —gimió Amaya—. Estás barajando la posibilidad de colgarte.

—Si estuvieras en mi situación no te parecería tan descabellado —señaló Cándido.

—¿Nada merece la pena ahora que tu mujer ya no está? —interrogó Amaya, con expresión incrédula—. ¿Acaso toda tu vida giraba en torno a ella?

Cándido se tomó un momento para pensar en ello. Finalmente, se encogió de hombros.

—Nuestro mundo era pequeño pero maravilloso. No puedes entenderlo porque no formaste parte de él. Así que tampoco estás en disposición de juzgarme —expuso. Después, cambiando por completo de asunto—: Se te está hinchado la cara. ¿Por qué no vamos a ponerte un poco de hielo?

Amaya agachó la cabeza y cerró los ojos. Cándido no supo que se trataba de un gesto de rendición hasta que volvió a hablar.

—Está bien —accedió.

11.

Era más de medianoche cuando dos conos de luz amarillenta horadaron la cortina de oscuridad que caía a plomo sobre aquella porción del planeta. La forma del Seat no se materializó hasta mucho después, una silueta recorriendo la carretera en la dirección opuesta a la que la había abandonado. Cándido se encontraba en el porche, sentado en una silla de madera con asiento de cáñamo, fumando un cigarrillo. Había varias colillas tiradas por el suelo, a su alrededor, porque llevaba esperándolo desde hacía más de dos horas. Para cuando Amaya se había acostado, la marca en la mejilla con la forma de los dedos de su marido había adquirido un tono morado, pero la hinchazón había disminuido notablemente. Amaya le había pedido que no hiciese nada y él le había asegurado que no lo haría. Pero no podía permitir algo así, y menos aún en su propia casa.

Cuando el Seat entró en el camino de acceso, Cándido se puso en pie y echó a andar con calma hacia el vehículo. Los faros iluminaron la pared lateral de ladrillo de la casa y, hasta que Vicente los apagó, Cándido distinguió a contraluz la silueta del pequeño hombre tras el volante.

—¿Qué haces todavía levantado? —le preguntó Vicente en tono jovial.

Cerró la portezuela y rodeó la parte delantera del vehículo. Tenía alborotado el poco pelo que le quedaba, como si hubiera estado asomando la cabeza por la ventanilla mientras conducía. Se reunió con Cándido —que se quitó el cigarrillo de la boca y lo arrojó lejos— junto al faro izquierdo.

—Esperándote —masculló este entre dientes, al tiempo que alargaba los brazos hacia él.

Lo agarró por la camiseta con las dos manos y lo estrelló contra el capó, que se hundió bajo su peso. El impacto hizo que los pulmones de Vicente se vaciaran de golpe, mezclados con una especie de gritito agudo.

—En esta casa no se ha puesto nunca la mano encima a una mujer, y no vas a llegar tú para hacer que eso cambie. ¿Te enteras?

Por un momento, Vicente pareció un gorrión herido en la boca de un gato, pero se recompuso con rapidez y no tardó en ser el de siempre.

—¡Suéltame, Cándido! ¡Ahora mismo! —masculló a través de unos

dientes apretados con fuerza.

—¿Por qué? ¿Eh? Dame una razón para no romperte todos los dientes a puñetazos. Porque te aseguro que lo estoy deseando.

Una sonrisa altanera se abrió paso través de la furia que exudaba Vicente, que más allá de la sorpresa inicial no parecía asustado.

—Porque no eres así. Tú no pegas —adujo.

Cándido pensó, muy a su pesar, que tenía razón. Él nunca había echado mano de la violencia. En toda su vida no había tenido ni una sola pelea seria. Una mezcla del hecho fehaciente de que las evitaba y de que jamás trataba de provocarlas. Pero esta vez había oído el grito de Amaya desde la cocina y visto la marca de su mano en la mejilla de ella. Y eso tenía que tener un coste. Vicente tenía que pagar por ello.

—Solo cuando me dan un motivo —replicó, y en un movimiento rápido cargó el brazo derecho y le lanzó un puñetazo.

Impactó de pleno en el rostro de Vicente, que rodó por el capó, cayó al suelo y dio un par de vueltas en la tierra antes de detenerse. Cándido fue tras él y lo levantó de un tirón, dispuesto a seguir golpeándole. La adrenalina le corría por las venas de un modo que no había experimentado hasta entonces en toda su vida. Le hinchaba los músculos y llenaba su cabeza de una presión roja, como si le hubiera reventado un capilar en el cerebro y estuviera sufriendo una hemorragia interna. Le pegó otro puñetazo y Vicente trastabilló hacia atrás. Luego cruzó los brazos sobre la cabeza en un gesto de clemencia.

—¡Ya vale! ¡Ya vale! —gritó, al ver que Cándido se disponía a precipitarse de nuevo sobre él.

—¡Es muy fácil pegarle a alguien que no te devuelve los golpes, ¿verdad, tío duro?! —vociferó Cándido.

Estaba tan tenso que le costaba articular bien las palabras. Como si tuviera la boca llena de cemento fresco.

—¡Estoy muy arrepentido! ¡De verdad que sí! ¡Esta ha sido la última vez! ¡Quiero a mi mujer!

Cándido se estaba quedando sin aliento porque la rabia consumía mucha energía a gran rapidez. Necesitaba un respiro con urgencia o corría el riesgo de que el corazón se le saliese por la boca.

—Ya puedes jurar que ha sido la última vez. Porque si le vuelves a poner la mano encima te juro que no pararé hasta matarte —le prometió Cándido.

Vicente tenía sangre en la mitad inferior del rostro. Cándido pensó que, como mínimo, le había partido el labio. La que él tenía en los nudillos procedía de allí. Y aunque no estaba cómodo en situaciones como aquella, tuvo que admitirse a sí mismo que hacía tiempo que no se sentía tan bien como en ese momento. Era una sensación intensa y agradable de poder, de héroe de la película.

Se disponía a atizarle una última vez —quería que no olvidara la lección en mucho tiempo— cuando oyó a su espalda la voz de Amaya suplicándole que lo dejara. Se giró, sin soltar a Vicente, y la vio en el porche. Tenía el pelo algo revuelto, con un tirabuzón cayéndole sobre el rostro deformado por una expresión de miedo que casaba con el modo en que se frotaba las manos. No pudo evitar fijarse en cómo el camisón de raso azul claro que llevaba se le abombaba a la altura de los pechos, donde los pezones erizados por el frío presionaban la tela. Todavía era bonita. ¿Qué necesidad tenía de seguir casada con ese enano maltratador? Había miles de hombres que estarían encantados de cuidar de una mujer como ella.

—Solo si me prometes que si vuelve a faltarte al respeto me lo contarás —le propuso Cándido.

—De acuerdo —accedió Amaya.

Contestó demasiado deprisa, lo que propició que Cándido no terminara de creerla.

—Te advierto que si sucede y tengo que descubrirlo por mi cuenta será mucho peor para él —insistió Cándido.

—¡He dicho que lo haré! —chilló Amaya.

Cándido inspiró hondo y luego exhaló con fuerza por la boca. ¿Por qué parecía enfadada con él? Solo trataba de protegerla.

—Muy bien —contestó.

Se apartó de Vicente y echó a andar hacia el porche. Se disponía a pasar junto a Amaya cuando la mujer lo detuvo plantándole una mano en el pecho. Cándido se detuvo, la miró a los ojos y entonces reparó en que la intensidad de estos se había suavizado.

—Gracias por preocuparte por mí. De verdad. Eres un buen hombre —musitó.

Cándido profirió un irritado gruñido y luego siguió su camino. Entró en la casa y se encerró en su habitación. Pese a lo sucedido, la posibilidad de obligarles a irse, de echarlos de sus tierras y decirles que no quería volver a verlos nunca más por allí no llegó a cobrar forma en su mente.

12.

Cándido bebió un trago de whisky, directamente de la botella, y negó por enésima vez con la cabeza. Ya había perdido la cuenta de cuántos llevaba. Solo sabía que bastantes y, al mismo tiempo, que no los suficientes. El líquido le corrió garganta abajo y le cayó en el estómago, donde se le había formado una especie de lago de lava. Estaba borracho. Era consciente de ello. Pero no le importaba. Ya no le importaba nada. Lo único que quería era que el tiempo pasase lo más rápido posible. No habría dudado en chasquear los dedos si le hubieran dicho que, al hacerlo, desaparecería de aquel momento de su vida y aparecería en su lecho de muerte, en esos últimos instantes de agonía que precedían al fin, donde los músculos faciales se volvían laxos y los órganos se iban desconectando.

No se arrepentía de haber pegado a Vicente porque los tipos como él no solo maltrataban a sus mujeres. Las maltrataban a todas. Eran unos maltratadores de mujeres. Esos cabrones no lo eran en un momento puntual. Llevaban esa faceta de su personalidad dentro y la sacaban a relucir cuando era necesario, dónde y con quien fuera. Así que le gustaba pensar que, gracias a su acción, quizá había evitado que ese montón de mierda pegara a otra. Por eso no podía evitar que le doliera que Amaya lo hubiera perdonado delante de sus narices. Tampoco podía creerlo. ¿Qué te empujaba a dar la cara por alguien que te pegaba? ¿Cómo podía tenerse Amaya en tan poca estima? ¿O acaso lo que pasaba era que tenía endiosado a Vicente? Sea como fuere, se había tratado de una situación muy desagradable para él.

—Ojalá estuvieras aquí. Tú sabrías qué decir para hacer que me sintiera mejor —dijo Cándido, mirando un punto fijo en la pared.

No tenía ni idea de qué hora era, pero afuera hacía un buen rato que la negrura de la noche lo cubría todo. Hacía un rato que Amaya y Vicente habían regresado de donde quiera que hubieran ido y ahora se encontraban juntos en el dormitorio que compartían. Al pasar por su lado, Amaya le había dado las buenas noches. Vicente, en cambio, no le había dicho nada. Ni siquiera se había atrevido a mirarle. Había visto de lo que era capaz cuando estaba enfadado y eso lo había asustado lo suficiente como para decidirlo a no ajustar cuentas.

—Inténtalo y te mandaré al hospital, con la mitad de los huesos rotos —le advirtió ahora, al rememorar la escena, con los labios dormidos y la lengua pastosa.

Trató de ponerse en pie, pero las rodillas le fallaron y tuvo que agarrarse a la mesa para no caer despatarrado al suelo. Buscó la

botella de whisky y se alegró de verla intacta sobre la mesa. De haberla llevado en la mano, en ese momento ya no sería más que un montón de cristales rotos apestando a alcohol.

Necesitó el doble de pasos que en circunstancias normales para cubrir la distancia que había desde donde se encontraba hasta la soga. Esta permanecía suspendida en el aire como un interrogante abierto. O una puerta dimensional que comunicara dos estados de existencia distintos.

¡Y tan distintos, joder! Porque en este era un hombre triste y solitario mientras que, en el otro, se encontraba María. El amor de su vida. La vela apagada, a medio derretir, que había sobre la mesa, cuya llama él mismo había soplado cuando le había sobrado todo menos el whisky.

Alargó la mano y tocó la soga. La atrapó entre los dedos pulgar e índice y la frotó con las yemas. Tenía un tacto áspero que anunciaba peligro, e hizo saltar una alarma en la cabeza de Cándido que él no tardó en acallar. Porque era una alarma inútil. Una alarma cuya existencia misma carecía de sentido. ¿Por qué su organismo no la había desactivado, de hecho? ¿Por qué había permitido que siguiera funcionando incluso después de pasar la cuerda por encima de la recia viga de madera del techo? ¿Acaso había una declaración de intenciones más explícita que esa? Lo dudaba mucho.

La mantuvo sobre la palma, como sopesándola, mientras trataba de armarse de valor. Tenía la sangre reseca de Vicente en los nudillos, como recuerdo de su indignación. No era una decisión fácil, por mucho que María estuviera al otro lado. Y eso que él no estaba seguro de creer en la existencia de Dios, del Cielo y del Infierno. Podía ser que se reuniese con ella de igual forma que podía ser que pasase al otro lado solo para descubrir que todo cuanto había era un gran vacío blanco en el que su conciencia flotaba junto con las trillones de conciencias de los hombres y mujeres que habían vivido en eras anteriores a la suya.

Se subió a una vieja banqueta de tres patas, agrandó la boca de la soga con ambas manos y deslizó la cabeza por ella. El cáñamo le arañó la piel del cuello en varios puntos. Luego tiró hacia adentro del nudo corredizo, pero sin cerrarlo del todo. Aún no estaba preparado. Al menos, no como para escribir FIN en la historia y devolver el libro de su vida a la estantería.

¿Y si resultaba que iba allí, al otro lado, y no la encontraba? O peor: ¿y si no iban al mismo sitio? Porque no le cabía duda de que ella, en base a su fe y sus valores, estaría en el Cielo. Y, según las creencias populares, suicidarse era un pecado mortal que arrojaba al impuro al

puto centro del Infierno.

«No deberías arriesgarte. No quiero que te arriesgues», le pidió la voz fantasmal de María, hablando desde dentro de su cabeza. *«Si sale mal, nos perderemos el rastro para siempre».*

Sí, tenía razón. Había errores que no era posible enmendar, y ese sería uno de ellos. La precipitación, como una moneda con dos caras, jugaba en su contra.

«Pálpala», añadió María y, de nuevo, él cerró la mano en torno a la soga. Salvo que, esta vez, se atrevió a recorrerla.

Su verdugo era un hijo de puta muy eficiente. Si no le tronchaba el cuello después de darle una patada a la banqueta en la que se hallaba subido cogería todos los conductos del cuello y los apretujaría hasta que quedasen bien prietos unos contra otros y lo mataría por asfixia. Como la cuerdecita que ponían en los tallos de los ramos de flores, solo que mucho más impactante. No para él, claro, sino para quien viniese detrás y descubriese su cadáver haciendo las veces de péndulo. Solo había dos candidatos a ello, e intuía que ni Amaya ni Vicente lo encontrarían hasta la mañana siguiente. Salvo que despertasen en mitad de la madrugada para ir al baño. En cuyo caso, se orinarían encima. Se dijo que debería haber dejado una nota de suicidio sobre la mesa en la que pusiera que lo sentía mucho, pero que no quería seguir viviendo sin la compañía de María.

Contaba con que ese amor incondicional ablandaría el corazón de San Pedro que, según tenía entendido, era quien se ocupaba de hacer la criba, impidiendo la entrada de los impuros al Cielo. Sabía que, en un principio, sería rechazado. Pero estaba convencido de que lograría convencerlo de que lo había hecho por amor. Dejaría que le abriese el corazón en canal, si era necesario, para que viese lo limpio que lo tenía.

«Dime qué sientes».

—Miedo —farfulló Cándido.

«Entonces, todavía no estás preparado», le aseguró María.

Empezó a quedarse sin aire, porque con la soga al cuello entraba con dificultad. Aflojó el nudo y se la sacó de la cabeza. Puede que aún no lo estuviera, pero lo estaría. Y cuando así fuese, lo llevaría a cabo. Se quitaría la vida, abandonaría este mundo y este cuerpo para reencontrarse con ella.

Se encontraba muy borracho, y al bajar de la silla estuvo a punto de caerse. Entonces, algo se movió a su lado. Cándido se sobresaltó durante un segundo, el tiempo que necesitó para descubrir que se

trataba de Amapola. Lo miraba con unos ojos serios y cierto aire acusador. Cándido entendió a qué se debía, y no era para menos. Porque ¿qué sería de ella si él se quitaba la vida? ¿A dónde iría?

La primera idea que le cruzó la mente debió ser la misma que la de Amapola. Cándido se volvió hacia la puerta del dormitorio de sus invitados y luego la devolvió a la perra.

¿Con ellos? ¿Pensaba dejarla al cuidado de ese par de locos?

Hincó las rodillas en el suelo y la llamó con un gesto. La perra se acercó y Cándido la abrazó con fuerza, acariciándole el lomo arriba y abajo, arriba y abajo. Notó la corriente de amor que emanaba de Amapola. Provenía de su corazón, y buscaba el camino que conducía al suyo. Para fusionarse con él. Para formar un todo. Amapola también echaba mucho de menos a María. ¿Tanto como él? Puede. Que no pudiera expresarlo con palabras no significaba que no existiera. Al contrario. Porque, a diferencia de los sentimientos, en ocasiones el lenguaje podía ser una rémora porque tenía límites, fronteras que no podían ser rebasadas.

—No voy a abandonarte. Si me voy, te llevaré conmigo —murmuró, con la boca hundida en el suave pelo de su cuello.

13.

Cándido se encontraba en el huerto, removiendo una porción de tierra —en la que planeaba sembrar calabacines— con una mula mecánica cuando Amaya profirió un grito. La oyó por encima del estruendo del motor de la máquina, pese a que este era ensordecedor. Cuando miró en la dirección en que lo hacía ella vio que ahora había una moto detenida tras el Seat de Vicente. El tipo que la conducía se había bajado y miraba en derredor, como si buscara algo. Llevaba un mono de cuero negro reforzado en las rodillas y los codos y un casco integral con la visera ahumada. Cándido se preguntó qué coño hacía ese allí y apagó el motor de la mula. Entretanto, Amaya había dado unos cuantos pasos en dirección a la casa. Se cubría la boca con las dos manos, como cuando se disponía a estornudar.

—¡Amaya, espera! —le gritó Cándido.

Esta no pareció escucharle. O, si lo hizo, optó por ignorarlo. Cándido salió de la tierra removida, húmeda y blanda, y fue tras ella. No le costó mucho alcanzarla, y cuando lo hizo le preguntó qué ocurría.

—Es él —mascultó Amaya, emocionada. Tenía los ojos enrojecidos —. Es él. Lo reconocería en cualquier parte.

—¿Él? ¿Quién? —interrogó Cándido.

Antes de que pudiera decírselo, el motorista se quitó el casco. El rostro que quedó a la vista era el de un tipo de aspecto duro, con una rala mata de pelo largo, frondosas patillas y barba de una semana. Tenía los rasgos afilados de un actor de cine que encarnara el papel de loco despiadado en una película de bandas callejeras, con cejas pobladas y las orejas sobrecargadas de pendientes. Cándido decidió no dejarse llevar por sus prejuicios. Por eso, antes de echarlo de su propiedad le daría la oportunidad de explicarle qué hacía allí. Porque Amaya debía haberse equivocado. Ella no era la clase de persona que frecuentaría los lugares a los que aquel tipo iba. Se parecían tanto como un huevo a un guisante.

—No te molestes. No he venido por ti —dijo de súbito el motorista, dirigiéndose a Amaya.

—Por lo menos escucha lo que tengo que decirte, hijo. Por favor —suplicó Amaya.

«¿Hijo?», se preguntó Cándido.

Si Amaya no tenía más de cuarenta y cinco años y el motorista

debía rondar los treinta significaba que se había quedado embarazada de él cuando todavía era menor. El tipo depositó el casco con mimo sobre el asiento acolchado de la moto y se bajó la cremallera del mono hasta el vientre. Debajo llevaba una camiseta negra de tirantes con una calavera estampada.

—¿Y papá? —preguntó el tipo.

—No lo sé —contestó Amaya—. Su coche está aquí, así que no puede andar lejos.

—¡PAPÁ! —lo llamó el motorista. Se puso las manos a los lados de la boca para hacer bocina—: ¡¡PAPÁ!! ¡¡SOY ENRIQUE!!

Amaya llegó hasta él, le tomó una mano entre las suyas y comenzó a besársela. El tal Enrique se las sacudió de encima con gesto brusco y, a continuación, se frotó el dorso en la camiseta como para deshacerse de los restos de saliva que ella pudiera haberle dejado. Era un gesto muy significativo, una muestra del desprecio más absoluto, pero Amaya no se rindió.

—Iré a buscarlo. Pero antes déjame decirte algo que necesito que sepas —le pidió.

—No te molestes. Lo haré yo —replicó el tal Enrique, y echó a caminar hacia el porche de la casa.

—Hola. Creo que no nos han presentado —dijo Cándido, saliéndole al paso.

El motorista se detuvo en seco y lo miró de arriba abajo. No como evaluándolo sino como actuaría un rinoceronte ante la presencia de un ratón. Luego lo ignoró y trató de rodearlo, pero Cándido se lo impidió con un paso lateral.

—Te recomiendo que no te metas conmigo. Podrías acabar haciéndote mucho daño —le advirtió el motorista.

—Esta es mi casa, chico —contestó Cándido.

—¿Tu casa? —repitió Enrique. Miró a su madre, que asintió con la cabeza. Cuando volvió a hablar, lo hizo dirigiéndose a ella—. Pensaba que solo era un asalariado.

—Pues ya ves que no. ¿Puedo ayudarte en algo? —espetó Cándido, con voz más dura que de costumbre.

La paliza que le había dado a su padre la noche anterior lo había envalentonado.

—¡Hijo! —exclamó Vicente a su espalda—. ¡Qué alegría verte!

Enrique sonrió con toda la boca, dejando a la vista un montón de dientes bastante blancos, y se escabulló por un hueco entre Cándido y la fachada principal. Ambos se fundieron en un efusivo abrazo. Luego Enrique rodeó con ambos brazos la parte baja de la espalda de su padre y lo levantó a pulso del suelo. Vicente gimió de dolor y le pidió que lo bajara.

—¿Desde cuándo eres un viejo quejica? —inquirió Enrique, en tono de broma.

Lo soltó, y entonces reparó en las magulladuras que su padre tenía en la cara.

—¿Qué te ha pasado? —inquirió.

—Nada. Anoche me emborraché y me peleé con un tipo que me sacaba dos cabezas —mintió Vicente.

Después de eso, hizo que su hijo se girara y le presentó formalmente a Cándido. Ambos se estrecharon la mano con frialdad. Enrique informó a su padre de que, a su llegada, lo había confundido con un empleado de aquel sitio. Los dos se echaron a reír, algo que molestó a Cándido.

—En realidad, no es justo que me enfade contigo porque con esa ropa y esa moto yo también he pensado que eras un pandillero —apuntó.

—Pues mira por donde que no andas muy desencaminado —sonrió Enrique.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Cándido.

—Pertenece a los Constrictor. Es uno de los lugartenientes del jefe —le informó Vicente, que parecía sentirse muy orgulloso de su hijo.

—Enrique —lo llamó Amaya.

Este se volvió hacia ella, pero solo para mirarla de medio lado. A Cándido le pareció un pretendido gesto de desprecio. Intolerable cuando quien lo dirigía era un hijo hacia su propia madre. La mujer que le había dado la vida.

—Sé que te hice daño, pero espero que algún día me perdones. Cuando suceda, por favor, házmelo saber. Yo estaré siempre esperándote con los brazos abiertos —musitó Amaya, con lágrimas en los ojos.

Cándido sintió el impulso de acercarse a ella para tratar de consolarla, pero no lo hizo. Si a alguien le correspondía llevar a cabo aquella tarea, ese era Vicente. Él no habría soportado que otro hombre

abrazara a María en su presencia. Pero Vicente parecía demasiado ocupado reencontrándose con su hijo como para encargarse de su mujer.

—¿Tienes hambre? —lo interrogó. Enrique dijo que sí y Vicente añadió—: Pues ven. Hay comida de sobra en la nevera.

—Si me dices que también tenéis cerveza fría te nombro «Padre del Año» —rio Enrique.

—Ve preparando esa placa —se jactó Vicente.

Ambos desaparecieron en el interior de la casa como si aquel lugar les perteneciera. Dejaron la puerta abierta, y Cándido pudo oírlos conversando en tono de broma. La conexión entre ellos parecía tan buena como la de dos viejos amigos que llevaran mucho tiempo sin verse.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Cándido a Amaya, que había abandonado el porche y deambulaba por el claro, con los hombros sacudidos por espasmos rítmicos.

—Lo eché de casa dos semanas después de que cumpliese los dieciocho —explicó Amaya con dificultad a causa de las lágrimas.

—Seguro que tenías tus razones —repuso Cándido—. ¿Cuántos años tiene ahora?

—Veintisiete. Y sí, tenía mis razones —aseveró Amaya antes de sorberse los mocos por enésima vez—. Lo eché cuando empezó a vender droga. Así que le dije que si no dejaba de hacerlo, no le permitiría seguir viviendo bajo mi techo. Él se negó y yo le puse las maletas en la puerta.

Cándido arrugó la frente, se encogió de hombros y le mostró las palmas de las manos.

—¿Y dónde está el error? Yo creo que hiciste lo que tenías que hacer. —Se acercó a ella y, ahora sí, le pasó un brazo por los hombros y le apoyó la cara en su pecho—. Si María y yo hubiésemos sido sus padres habríamos actuado de la misma manera. Lo que no entiendo es por qué os trata de diferente forma a Vicente y a ti.

Amaya se sacó un pañuelo de papel del bolsillo y se sonó la nariz. Cándido esperó a que terminara para ayudarla a sentarse en la hamaca en la que María contemplaba los atardeceres. Su mujer no solo lo hubiese permitido. Habría insistido en que lo hiciese. Así de buena persona era.

—No sé para qué le ha hecho venir —reflexionó Amaya.

—¿No ha sido cosa de tu hijo? —preguntó Cándido.

—No. Lleva años demasiado ocupado como para hacernos una visita. Y, además, no tenía forma de saber dónde estábamos —adujo Amaya.

—Por el GPS —elucubró Cándido.

—Su banda no utiliza tecnología avanzada. Ya sabes, para no ser localizados por la policía —adujo Amaya—. Y tampoco sabemos su teléfono. Cambia constantemente de número.

—Entonces, ¿cómo ha podido localizarlo tu marido?

—Supongo que lanzó un mensaje al cosmos y este se ocupó de hacérselo llegar —teorizó Amaya. Cándido se pasó la lengua por los labios. Habría pensado que bromeaba de no ser por lo afligida que estaba—. Tienen esa conexión —añadió.

—Joder —masculló Cándido.

—Pero solo funciona cuando uno de los dos lo desea mucho —continuó Amaya—. Por eso no me lo explico. ¿Por qué iba Vicente a desear tanto que viniese hasta aquí?

—No suena demasiado bien —se sinceró Cándido.

—No. La verdad es que no —admitió Amaya, pensativa.

—Dime lo que sea que se te esté pasando por la cabeza.

—Podría tener que ver contigo.

—¿Conmigo? ¿En qué sentido?

—Quizá lo necesita para convencerte de que uses la soga —desveló Amaya.

14.

Se levantó de un salto y entró en la casa a la velocidad del rayo. La cocina estaba vacía, pero la puerta trasera se encontraba entornada. Se habían largado. Cándido la abrió y se asomó al porche trasero, pero no dio con ellos hasta que amplió el radio de búsqueda. Entonces distinguió dos siluetas humanas, una junto a la otra, alejándose por la carretera. Se preguntó a dónde irían. El pueblo estaba en la dirección opuesta. Por allí, lo único que había eran kilómetros y kilómetros de asfalto rodeado de vegetación. Descartó la posibilidad de ir en su busca. Ya regresarían. Lo harían, más tarde o más temprano. Y, entonces, los tres tendrían una charla de esas que marcaban los destinos.

Anocheció. Amaya y él cenaron mientras miraban las noticias en la televisión. Las voces de los presentadores llenaban el silencio incómodo entre ambos. Cándido tenía la impresión de que, en su caso, se debía al sentimiento de culpabilidad que le producía ser la esposa y la madre de los dos hombres que conspiraban para que se suicidase. En cuanto a él, estaba tenso como un alambre. La revelación de Amaya le impedía serenarse. No sabía qué haría antes de mandarlos a tomar por culo de allí. Todo dependería de cómo reaccionasen ellos. Pero les tenía las suficientes ganas como para liarse a puñetazos con ambos antes de echarlos. Si querían pelea, la encontrarían.

Estuvo esperándolos hasta bien entrada la noche, pero hacia las dos de la madrugada el sueño comenzó a vencerlo. Después de una ristra de cabezadas y bostezos optó por irse a la cama. A fin de cuentas, ni Vicente ni Enrique esperaban ninguna clase de recibimiento. Así que seguiría jugando con ventaja al día siguiente. Apoyó la cabeza en la almohada y se quedó dormido al instante.

Esa noche tuvo el sueño más raro de toda su vida.

Despertó y encontró a Amaya y Vicente ante su cama, uno a cada lado. Se hallaban erguidos y lo miraban con atención. La habitación se encontraba tenuemente iluminada gracias a la lamparita de la mesita de noche. Usaba una bombilla de 40 vatios, así que no era lo suficientemente potente para alcanzar todos los rincones y las sombras se arremolinaban en torno a estos. Cándido miró a Amaya, que tenía los labios pálidos debido a la fuerza con que presionaba uno con el otro. Vicente, en cambio, parecía tranquilo. Como un hombre en completa paz consigo mismo. Cuando habló, Cándido se dirigió a él.

—¿Por qué queréis que me cuelgue?

—¿Nosotros? —inquirió Vicente—. Nosotros no queremos que te cuelgues. Queremos que te preguntes por qué, aun sabiendo a qué ha venido mi hijo hasta aquí, no has descolgado la soga de esa viga.

Eso era cierto. La soga seguía en el comedor. Podía verla en ese mismo momento, a través de la puerta entreabierta. Era imposible que, después de la conversación con Amaya, no hubiera pasado por delante de ella —al menos— media docena de veces.

—Habrá sido un despiste. Opino que no es algo relevante, ni a lo que haya que darle demasiadas vueltas —repuso Amaya desde el otro lado de la cama.

—Es normal que tengas miedo, Cándido. De hecho, es una buena señal. Significa que sigues teniendo el control del barco. Significa que aún conservas cierta cordura y que, aún así, no descartas esa posibilidad.

—¿La de reunirme con María? —preguntó este, confuso.

—¿Cuál si no? —replicó Vicente.

—La de seguir adelante, acompañado por su recuerdo —apuntó Amaya.

—Oh, eso es tan bonito —se mofó Vicente—. No tendrás una cesta de pétalos de rosa para echarlos a sus pies por casualidad, ¿verdad?

—Que te den —replicó Amaya.

—Mira, Cándido. Estoy aquí para que no dejes que te influya la *magia de la vida*. —Dijo esto último al tiempo que dibujaba unas comillas en el aire—. La vida está sobrevalorada. Lo que para unos es bello para otros es un infierno. Y yo te preguntó: ¿exactamente qué es la vida para ti en estos momentos?

—No respondas a eso. Es una trampa —se apresuró a decir Amaya.

Pero Cándido ya había comenzado a pensar en la respuesta.

—No estoy seguro.

Vicente se llenó los pulmones haciendo un ruidito molesto, como si aspirara el aire de un globo.

—Siento contradecirte, Cándido. Pero insisto: la soga es la clave. Que esté aún ahí indica que estás más escorado hacia un lado que hacia el otro.

—Pues la quitaré y en paz, joder —replicó Cándido, empleando un tono de voz más grave.

—Las cosas no funcionan así. No puedes hacer algo en contra de tu

propio impulso —adujo Vicente.

—Claro que puede —lo contradijo Amaya. Luego, dirigiéndose a Cándido—: Claro que puedes. Tú eres quien toma las decisiones que te afectan. Nadie debe hacerlo por ti. No has de permitirlo.

Cándido se la quedó mirando.

—¿Y si mi decisión es que siga estando ahí?

El rostro de Amaya se contrajo en un rictus de dolor casi físico.

—No, por favor. Debes quitarte esa idea de la cabeza.

—Pero no puedo.

En ese momento, la puerta se abrió y Enrique apareció en el vano. La luz natural que se coló en la habitación le hizo comprender que ya era de día. No entendió nada hasta que vio que la ventana había sido cegada con planchas de madera. Lo que vio en los lugares a los que no llegaba la luz de la bombilla de la mesita de noche le hizo apartar las sábanas y saltar de la cama.

En la habitación no estaban únicamente Vicente y Amaya. Había mucha más gente, solo que hasta entonces había permanecido en las sombras. Se dijo que debía estar todavía medio dormido y se acercó a ellos con decisión. Todos estaban cubiertos por túnicas negras y largas capuchas que les ocultaban el rostro, a excepción del tercio inferior. Tiró hacia atrás de una de ellas y lo que descubrió le dejó mudo de asombro.

Se negó a creerlo, e hizo lo mismo con otro. Lanzó un grito y retiró la capucha de un tercero.

Todos eran él. Todos tenían su rostro.

—¿Por qué me veo… en estos hombres? —dijo sin apartar los ojos del último de ellos.

—Ni idea —contestó Amaya.

—Es tu sueño. Si tú no lo sabes —replicó Vicente, y soltó un bufido sarcástico.

—¡¿Qué hacéis aquí?! ¡¿Qué significa esto?! —gritó.

Entonces, una de las figuras se despojó de su capucha… y era María.

—Cariño —farfulló Cándido.

Fue hacia ella y la abrazó. Su cuerpo era tan pequeño y delicado como lo recordaba.

—¿Dónde estabas? Un día me desperté y te habías ido. Pensé que no tardarías en volver, pero me equivocaba —musitó María, con la boca aplastada contra su pecho.

Cándido intentó decirle que, en realidad, quien se había ido había sido ella. Pero no encontró las palabras para hacerlo. Como si la mitad de su cerebro se hubiera apagado. Abrió la boca y dijo:

—Estoy aquí. Estoy aquí, y ya nunca más me iré —le aseguró, llorando de felicidad—. Te lo prometo.

No solo él. Todos los Cándidos de la habitación dijeron *«Te lo prometo»* al mismo tiempo. El Cándido original miró en torno a sí, con la carne de gallina, y luego apartó a María para contemplarla. Solo que ya no era ella sino él.

—¡Noooo! —chilló, horrorizado.

De pronto, Enrique comenzó a reírse a carcajadas. Cándido lo miró, exhausto. A su lado, Amaya dio un paso al frente, alargó el brazo y colocó la mano boca arriba. Una llama nació y creció de su palma hasta alcanzar los diez centímetros de altura.

—Atraviesa el fuego con la mano —le dijo—. Aliviará tu dolor.

Cándido la miró a los ojos y lo que vio en ellos le transmitió la confianza suficiente como para instarse a obedecerla. Comenzó a alzarla. Pretendía acercarla poco a poco para ir acostumbrándose al calor. Entonces, Amaya espetó:

—¡No dudes! —Y cerró la mano libre alrededor de su muñeca.

La fuerza que imprimió convenció a Cándido de que no tardaría en hacer estallar cada uno de los huesecillos de esta. La colocó boca abajo, a un centímetro de la suya, y la llama le quemó la palma y se elevó por los huecos entre los dedos.

Cándido comenzó a chillar de dolor…

…y despertó a la realidad.

El grito lo acompañó hasta la superficie, donde su cuerpo se sacudió con un espasmo antes de volver a caer sobre el colchón. Con la respiración agitada, miró en torno a sí y descubrió que la habitación estaba vacía salvo por él mismo. No había ni rastro de Vicente ni de Amaya. Tampoco de sus dobles. Y al otro lado de la ventana sin tablas seguía siendo noche cerrada. Consultó su reloj de pulsera, y vio que eran las cuatro menos cuarto.

Solo había pasado una hora y media desde que se acostara.

15.

Tras beberse toda el agua del vaso que tenía en la mesita de noche, dejó que la cabeza le cayera en la almohada. Tenía la cara y el pelo empapados de sudor, y durante un rato todo cuanto oyó fue el latido acelerado de su corazón bombeando sangre contra sus oídos. Era como escuchar el mar en el interior de una caracola. Solo que, en esta ocasión, el mar era negro y oleoso y la caracola estaba llena de arena.

—Joder —masculló.

Cuando el sudor del pecho empezó a enfriársele se encogió sobre sí mismo y se subió la sábana hasta el cuello. Los temblores continuaron durante un rato más y luego comenzaron a remitir. Solo entonces, Cándido reparó en las voces que provenían del comedor. Voces masculinas. Sonaban débiles y amortiguadas, pero solo podían pertenecer a Vicente y a su hijo, que habían regresado después de perderse por la zona durante horas.

Tenía que hablar con ellos. Necesitaba decirles un par de cosas bien dichas. La primera no podía ser más obvia: aquella era su casa y ellos solo eran sus huéspedes. La segunda estaba estrechamente relacionada con la primera: quería que se largasen de allí de inmediato.

¿Cómo coño había llegado a verse en esa situación?

¿Por qué demonios lo había permitido?

Tuvo que dedicar unos segundos a retrotraerse en el tiempo hasta el día en que Vicente se había presentado allí para preguntar cómo se salía de ese pueblo y pedir un vaso de agua. No tenía que haberle dejado echarse una siesta. Ese había sido su primer gran error. Si se hubiese negado, ahora no estaría metido en problemas. Pero el pasado no podía alterarse. Así que no le quedaba más remedio que adaptarse a las circunstancias.

Por segunda vez esa noche —la primera había tenido lugar *dentro* del sueño—, Cándido retiró las sábanas y salió de la cama. Alcanzó la puerta y pegó la oreja a la madera. Las voces se volvieron un poco más nítidas, pero siguió sin poder descifrar lo que decían. Intercambiaban comentarios breves y rápidos, y cuando comprendió que no estaba ante una conversación privada porque AQUELLA ERA SU CASA, abrió y se plantó justo bajo el vano.

Vicente y Enrique estaban allí, dando vueltas alrededor de Amaya, que flotaba en el aire a unos veinte centímetros del suelo. Tenía la soga muy prieta alrededor del cuello, cuya mitad superior aparecía

grotescamente hinchada. Más arriba, su rostro se había deformado de un modo que costaba reconocerla. Los ojos estaban a punto de salírsele de las órbitas y una porción de lengua asomaba por entre los labios amoratados. Su piel había adquirido una fea tonalidad azulada que contrastaba con la encendida de los dos hombres. Cándido lo atribuyó a la excitación. Ambos se movían por el comedor como si el suelo estuviese cubierto de brasas y la miraban desde todos los ángulos posibles, como deleitándose con su obra.

—¿Qué habéis hecho? —masculló Cándido sin aliento, consciente de que era demasiado tarde para salvarle la vida.

—Ella nos lo pidió —contestó Vicente.

Cándido apretó los dientes con fuerza.

—Eso es mentira. Anoche estuvimos hablando y no me dijo nada de que quisiese morir —replicó Cándido.

—Pues debiste decirle algo que la convenció, porque en cuanto llegamos nos suplicó que le ahorráramos el suplicio de seguir viviendo —manifestó Vicente.

—La habéis matado porque os estorbaba —lo acusó Cándido.

—¡Eh! ¡¿Qué estás queriendo decir?! —inquirió Enrique, caminando con decisión hacia él.

Parecía dispuesto a hacerle frente, pero Vicente se interpuso en su camino y lo placó. Enrique no opuso resistencia. Cándido advirtió hasta qué punto lo respetaba cuando su sola disconformidad bastó para calmarlo.

—Mira, Cándido. Los trapos sucios se lavan en casa, a puerta cerrada. Y como se suele decir, en todas las familias cuecen habas. Lo que quiero decir es que nadie de fuera debería meterse en nuestras cosas, por la sencilla razón de que no son de su incumbencia —expuso Vicente en tono sereno.

—Si la matáis en mi casa se convierte también en cosa mía —aseveró Cándido.

—Si nos deshacemos de ella pasa a ser cosa de nadie —replicó Enrique, hablando por encima del hombro de su padre.

—Estáis locos. Ojalá no os hubiera conocido nunca. Ojalá cuando me pediste que te dejara echar una siesta me hubiera negado —musitó Cándido, temblando de impotencia.

—No se puede luchar contra el destino, amigo —repuso Vicente.

—Quiero que os larguéis. Y que os la llevéis con vosotros. No pienso

ir a la cárcel por vuestra culpa —exigió Cándido.

Enrique rio.

—No has dicho nada de la soga —se mofó.

Cándido apretó los puños con tanta fuerza que le empezaron a doler los dedos. Oyó un sonido familiar: el de Amapola rascando la puerta de entrada. Cándido fue hasta allí y la abrió. La perra pasó y se lo quedó mirando.

—¿Qué ocurre, chica? ¿Te han asustado las voces? —le dijo mientras le rascaba la parte alta de la cabeza—. ¿Quieres dormir conmigo? ¿Sí? —Amapola no paraba de mover la cabeza y lamerle la mano con que la acariciaba—. Venga, a la habitación.

Tan pronto como comprendió lo que le decía, atravesó el comedor a la carrera y desapareció en el dormitorio.

—Largaos —repitió a continuación con rotundidad.

Se disponía a regresar a la cama cuando Enrique habló a su espalda.

—Pues, sintiéndolo mucho, no va a poder ser —dijo, sarcástico.

Cándido se volvió y lo miró con expresión homicida.

—¿Por qué?

—Vamos a deshacernos de ella aquí —explicó Enrique con una calma sobrecogedora. Señaló con el pulgar hacia atrás—. En tu chimenea.

Cándido miró en esa dirección y vio que ya habían comenzado con los preparativos. Además de un buen montón de leña apilado contra la pared, habían llevado varias placas de chapa para envolver el cuerpo y, a modo de horno crematorio, incrementar la temperatura hasta alcanzar una con la que desintegrar tanto el tejido blando como los huesos.

—Ahora sé un buen chico y vuélvete a la cama. Cuando despiertes, por la mañana, todo te habrá parecido un mal sueño —sentenció Enrique.

Dijo eso al tiempo que daba unas cuantas palmadas en el costado al cadáver de Amaya, como si fuera un animal que hubiesen cazado para que les sirviese de alimento.

Cándido trató de resistirse, pero la mayor parte de él lo empujaba hacia el dormitorio y terminó perdiendo la batalla. Se disculpó diciéndose que por nada del mundo quería ver el cadáver de Amaya envuelto en llamas. Se había portado tan bien con él. Había sido tan

comprensiva con su dolor.

Regresó a la cama y se tendió de lado, con Amapola durmiendo a sus pies. Escuchó el chirrido de la soga y el golpe seco y pesado del cuerpo de Amaya cuando se estrelló contra el suelo. Agarró la almohada y se cubrió la cabeza con ella, con la esperanza de amortiguar los sonidos.

Creyó que le costaría dormirse, pero no fue así.

16.

Despertó a la hora a la que lo hacía siempre, en torno a ese momento en que el sol se despereza en el cielo y se prepara para una nueva jornada de trabajo. El horizonte era un lienzo oscuro en cuya parte inferior asomaban líneas rosadas de diferentes tonalidades. Las montañas del fondo lo aserraban, confiriéndose el aspecto de la dentadura desigual de un gigante. Los sucesos de la noche anterior lo asaltaron nada más abrir los ojos como si hubieran permanecido agazapados y en silencio, esperando a que recobrara la consciencia. Enrique se equivocaba cuando le había asegurado que recordaría lo que vio como si fuera un mal sueño. Podía evocar la soga alrededor del cuello de Amaya, su rostro amoratado e hinchado sin necesidad de cerrar los ojos. De igual forma que podía evocar a los dos hombres que habían perpetrado el asesinato dando vueltas a su alrededor, como si ejecutaran algún tipo de danza demoníaca.

Pensó que se habrían deshecho de ella —al fin y al cabo, era una prueba incriminatoria—, por eso le impactó que la soga siguiese allí. Parecía intacta. Como si después de liberar a Amaya hubieran rehecho el nudo. Cándido se acercó a ella y alzó una mano para tocarla. Lo pensó mejor y optó por no hacerlo. Pero no pudo evitar distinguir el hedor reciente a muerte. Mientras captaba la esencia marchita de la vida reparó en los restos de la chimenea. Los de leña quemada apenas se diferenciaban de los de huesos carbonizados, diseminados dentro del límite establecido por las planchas de chapa chamuscadas colocadas en semicírculo. Un revoltijo de huellas de pisadas negras conducían hasta la puerta. Cándido decidió seguirlas.

Afuera, el mundo despertaba y se ponía en marcha como una enorme y vieja maquinaria bien engrasada. Cándido cruzó el porche y examinó el entorno, en busca de algún indicio de la presencia de los dos hombres. El coche de Vicente y la moto de Enrique estaban allí, así que no debían andar lejos.

Fue fácil, en realidad, dar con ellos. No había viento y las copas de los árboles permanecían quietas. Los únicos movimientos, en consecuencia, eran los suyos más allá de las tomateras. Cándido fue a su encuentro, pero los hombres tardaron en reparar en él. Estaban demasiado ocupados cavando como para prestar atención al entorno, y cuando Vicente lo vio ya estaba prácticamente encima de ellos. Cerca del hoyo se encontraba la carretilla que él utilizaba para transportar lo que recolectaba, solo que ahora estaba ocupada por parte del esqueleto calcinado de Amaya. Apenas se distinguía un leve

vestigio de forma humana en él. Podrían haber sido los restos de cualquier animal de buen tamaño.

Y pensar que hacía solo unas horas había mantenido una conversación con ella en el porche.

—No digas nada —le pidió Vicente—. Está amaneciendo y esto sigue a la vista. Lo sabemos. Ha tardado en quemarse más de lo que esperábamos y eso nos ha retrasado. Pero mi hijo está fuerte. Cava con energía. Solo tardará un rato en hacer el agujero lo bastante profundo.

—No es mi primer enterramiento de este tipo —apuntó Enrique desde dentro de la fosa. El borde le llegaba a la altura de las espinillas. Sonrió, le guiñó un ojo y añadió—: Tú ya me entiendes.

—¿Has dormido bien? —se interesó Vicente, como si realmente le importara.

Cándido profirió un suspiro.

—Me he despertado deseando que lo que vi solo hubiera sido una pesadilla —replicó.

—Ya. Bueno, qué se le va a hacer. La vida no es perfecta —adujo Vicente.

—Mamá siempre fue un poco cabrona. No le ha pasado nada que no se mereciera —apuntó Enrique, echando otra palada de tierra a un lado.

—¡Callaos de una puta vez! —gritó Cándido—. ¡No hay excusa posible que justifique que la matarais! ¡Ella se preocupaba por mí! ¡Me hacía mirar las cosas desde una perspectiva diferente a la que yo las veía! ¡De no ser por sus consejos…!

—Nos importa una mierda lo que te aportara —lo interrumpió Enrique—. Lo trascendente aquí es que ya nunca volverá a interponerse.

—¿Interponerse? —repitió Cándido con incredulidad.

—Coartaba tu libertad. Trataba de imponerte sus puntos de vista en lugar de dejar que tomaras las decisiones por ti mismo. Era una piedra en tu zapato —explicó Vicente. Enrique había dejado de cavar e hincado la pala en la tierra, atento a las palabras de su padre—. Trataba de convencerte para que te quedaras aquí, pese a que lo que tú querías era reunirte en el Cielo con tu mujer. De estar en tu lugar, me preguntaría a qué venía ese interés. En este mundo nadie hace algo a cambio de nada.

Cándido había estado mordisqueándose el labio mientras lo

escuchaba, esforzándose por contenerse.

—¿Vosotros tampoco? —inquirió al fin.

—¿Nosotros tampoco qué? —preguntó Vicente.

—¿Tampoco hacéis algo a cambio de nada?

Vicente sonrió, mostrándole unos dientes tan desmesuradamente grandes y feroces que apenas le cabían en la boca. Cándido se sintió confuso. No los recordaba de esas dimensiones, ni mucho menos. Unos dientes así habrían sido lo primero que hubieran llamado su atención la primera vez que lo hubiera visto.

—Ya sé por dónde vas. No eres tan listo como te piensas. Y la respuesta es no. Nosotros tampoco hacemos las cosas de manera altruista. No nos la hemos cargado —hizo un gesto con la cabeza en dirección a la carretilla— porque sí. Lo hemos hecho para protegerte. Estabas demasiado expuesto a ella. Estabas cediendo terreno. Tú querías una cosa y ella trataba por todos los medios de convencerte de la contraria. Sugestionar era algo que se le daba muy bien, como tú mismo has podido comprobar. Pero ya nunca volverá a comerle el tarro a nadie.

—¡¿Oyes a papá, cabronaza?! ¡¿Lo oyes?! —vociferó Enrique desde el interior del hoyo—. ¡Tus días de manipuladora han llegado a su fin!

—¿Para esto viniste? —le preguntó Cándido. Luego se volvió hacia Vicente—. ¿Para esto lo llamaste? ¿Para que te ayudara a deshacerte de ella?

Vicente lo miró con expresión tranquila.

—Cada uno juega sus cartas lo mejor que puede. El objetivo es el objetivo. Se pueden hacer muchas cosas al mismo tiempo, pero nunca hay que perder de vista el objetivo.

—¿Qué objetivo? —lo interrogó Cándido.

—La cuestión, amigo mío, es que ya no tendrás que seguir plegándote a lo que a ella le plazca desear para ti —reiteró Vicente.

La respiración de Cándido seguía agitada y el corazón continuaba latiéndole con fuerza en el pecho pero, por alguna razón, esa última frase de Vicente hizo que un escalofrío le recorriera la espalda desde la primera hasta la última vértebra. Quizá fuera el *ya no tendrás* lo que lo provocó. La constatación indiscutible de que aquellos hombres la habían hecho *desaparecer*.

—Me caía bien. Me gustaba lo que decía. Y ninguno de vosotros—señaló primero a Vicente y luego a Enrique— la merecía. Ella era

mucho mejor de lo que vosotros dos juntos lo seréis jamás.

Enrique cerró la mano derecha en un puño y con la izquierda se hizo crujir los nudillos. Un gesto universal de que estaba llegando al límite de su paciencia.

—Sabía encandilarte y llenarte la cabeza de tonterías. Eso tengo que admitirlo. Pero lo que te decía no era lo que más te convenía escuchar —adujo Vicente.

—¿Y vosotros *sí* lo sabéis? —preguntó Cándido.

Vicente se acercó a él con paso sosegado al tiempo que se palmeaba las manos. Una pequeña nubecilla de tierra se elevó en el aire y empezó a desintegrarse casi al instante. Se detuvo a poco más de un metro de Cándido y lo miró con suficiencia.

—Claro. ¿Por qué si no crees que, después de ahorcar a esta zorra, hemos dejado la soga donde tú la colgaste? —repuso.

—No voy a suicidarme —replicó Cándido, con más seguridad de la que sentía en realidad.

—De acuerdo. —Vicente asintió enfáticamente con la cabeza—. Si esa es tu elección…

—Es mi elección —se reafirmó Cándido.

Se enzarzaron en una lucha de miradas, que se prolongó hasta que los ladridos de Amapola hicieron que Cándido se volviera en la dirección de la que procedían. La perra corría hacia ellos desde la casa, con las orejas tiesas y la larga lengua rosada asomando por entre los colmillos. Cándido se acuclilló, abrió los brazos para recibirla y la estrechó contra su pecho. Rio cuando la perra se puso a lamerle la cara, como si hiciera meses que no se veían.

—Y pensar que ayer estuviste a punto de colgarla —comentó Vicente a su espalda—. La fidelidad de los perros sería encomiable si no fuesen tan estúpidos.

Cándido lo miró por encima del hombro.

—¿Qué has dicho?

—¿Estás sordo o soy yo, que no vocalizo bien? —inquirió Vicente.

—Yo nunca le haría daño —espetó Cándido, furioso.

Más furioso de lo que lo había estado en mucho tiempo.

—¿En serio? —dijo Vicente por un costado de la boca—. ¿Por qué no lo compruebas?

Sin comprender nada, Cándido le levantó el pelo del cuello. Y ese

pequeño roce bastó para que el animal se revolviera y lanzara un gañido agudo de dolor. Cándido trató de controlarla tomándola por la cabeza y acariciándole el lomo. No fue nada fácil, pero al final lo logró.

—Tranquila, chica. Tranquila —le susurró, pese a lo horrorizado que él mismo se sentía.

Volvió a intentarlo, y esa segunda vez pudo ver la marca de una quemadura reciente en el cuello de Amapola antes de que esta lo arañara con las pezuñas en un intento por quitárselo de encima.

—Esto ha sido cosa vuestra —farfulló Cándido.

—Parece que no te quieres dar cuenta —repuso Vicente sin perder la serenidad—. Nosotros no somos los que tenemos algo en contra de tu perra, Cándido, sino tú.

Más allá, Enrique echó una nueva palada de tierra sobre Amaya y soltó una risita divertida.

—¡Eso es mentira! —bramó Cándido.

Estaba tan enfadado que tuvo que contenerse para no lanzarse con todas sus fuerzas contra aquel cabrón hijo de puta.

—¿De verdad? —interrogó Vicente—. ¿Tengo que recordarte que el día que te ajustaste la soga al cuello lo que te lo impidió fue *ella?* Te echaste atrás por su culpa.

Cándido no dijo nada.

—Sabes perfectamente que si te la quitaras de en medio no habría nada que te retuviese aquí —continuó Vicente—. Y anoche, por fin, lo intentaste. Pero siguió faltándote valor.

—¿Valor? Un buen par de huevos más bien, diría yo —espetó Enrique con desprecio.

Cándido parpadeó rápido unas cuantas veces y luego cerró los ojos. Se imaginó ahorcando a Amapola, su gran apoyo después de la muerte de María, y la sola idea de hacerlo le revolvió el estómago. Se dobló por la mitad, abrió la boca y soltó un eructo de categoría, pero no llegó a vomitar.

—¿Lo recuerdas ya? —interpeló Vicente.

—No —masculló Cándido.

—Puede que tu cabeza no, pero es evidente que tu cuerpo sí.

—No soportas rememorar lo que hiciste. Pero, en el fondo, sabes que eres un monstruo —apuntó Enrique, arrugando la boca en una

mueca torva.

—No. Es imposible —articuló Cándido.

—Sigue engañándote, si quieres. Estás en tu derecho. Pero luego no vayas por ahí creyéndote una buena persona —le advirtió Vicente.

De pronto, Cándido no pudo seguir escuchándolos decirle esas cosas. Los temblores ya no eran de rabia sino de horror. ¿Había intentado ahorcar a Amapola? ¿En serio había sido capaz de hacerle eso a su *amiga*? Notó un nudo en la garganta y tragó saliva, pero no logró que se deshiciese.

—¿Qué me estáis haciendo? —resolló, con las lágrimas asomando a sus ojos.

Echó a andar a trompicones, alejándose de ellos lo más rápido que pudo. Tropezó con un saliente de piedra y estuvo a punto de caer. Entonces, miró hacia atrás y vio que Amapola lo seguía, pisándole los talones.

«No te acerques a mí. No quiero hacerte daño», trató de decirle, pero no encontró las fuerzas necesarias para hablar.

—¡Eh! —oyó que lo llamaban.

Lo ignoró y siguió huyendo. Enrique le dio alcance en el claro de la parte delantera de la casa y lo agarró con fuerza de la mandíbula —. Se me olvidaba decirte una cosa. Ni una puta palabra sobre mi madre a la Guardia Civil. ¿Entendido, pocos huevos? Ni una.

17.

Después de pasarse la mañana vendiendo hortalizas de puerta en puerta y de comerse el menú del día en el bar de Lucas, Cándido emprendió el camino de vuelta a casa, arrastrando tras de sí un carrillo vacío a excepción de unas pocas zanahorias y un puñado de puerros. Estaba contento porque había sido una jornada productiva. Sin embargo, aún no había terminado su trabajo por ese día. Tenía pensado echarse una pequeña siesta y luego pasarse el resto de la tarde sembrando varios caballones de patatas y arrancando malas hierbas.

Ya en las afueras del pueblo, mientras pedaleaba por la carretera de tierra que conducía a su casa, oyó el ruido de un motor a su espalda y se apartó a un lado. El ronroneo fue creciendo en intensidad hasta que lo tuvo justo detrás de él. Cándido esperó a que lo adelantase, pero al ver que no sucedía giró el cuello para mirar por encima del hombro y descubrió que se trataba del Seat Ibiza de Vicente. Solo que no era él quien lo conducía sino Enrique. Pudo verlo a través de la luna delantera, con una mano en el volante a las doce en punto y una expresión dura en el rostro, como si tuviera los músculos cosidos con hilos y estos estuvieran demasiado tirantes.

Tuvo un mal presentimiento, de modo que hizo lo único que podía hacer: imprimió mayor fuerza a sus pedaladas con el propósito de llegar lo antes posible a casa. Tenía la sensación de que si lo lograba estaría a salvo. Allí, en medio de la nada, en cambio, corría peligro. Nunca le había gustado Enrique, pero desde el día anterior no solo no le gustaba sino que le tenía miedo. El hijo de puta estaba como una regadera, además de ser un sádico. Al igual que Vicente, dicho fuera de paso. ¿Cómo se explicaba, si no, que hubieran ahorcado, quemado y enterrado a Amaya sin el más mínimo resquicio de remordimiento? Solo que Enrique era más fuerte que él, y su locura resonaba como una carraca de feria.

A unos doscientos metros del camino de acceso a su propiedad reparó en que había dejado de oírlo y, al volverse, comprobó extrañado que el Seat se había detenido. La distancia que les separaba era mayor a cada instante pero Cándido, lejos de fiarse, mantuvo el ritmo. Ya estaba casi sin aliento, y empezaba a dolerle el pecho. Entonces, como para ratificar su recelo, el motor despertó con un estruendoso rugido y las ruedas traseras patinaron un instante en la tierra antes de agarrarse y precipitarlo hacia delante.

Cándido lanzó un grito de horror. La posibilidad de que se tratara

de una nueva advertencia para que no acudiera a la policía a contarles lo que sabía se desintegró en el aire. Iba a arrollarlo. Matarlo era la forma más segura de que guardara silencio. Porque, ya puestos, ¿qué importancia tenía un asesinato más?

«No es mi primer enterramiento de este tipo», había dicho el día anterior mientras cavaba la fosa para su madre.

Viendo cómo se acercaba a toda hostia llegó a la conclusión de que lo único que podía salvarlo de ser embestido era saltar de la bici. Pero iba demasiado rápido. Se fracturaría el cráneo contra el suelo, y fue incapaz de hacerlo. Oyó el gañido de horror que escapó de su garganta y cerró los ojos. Iba a morir. Pero no quería ser testigo de ello. No quería ver cómo el mundo giraba frenéticamente a su alrededor mientras daba vueltas en el aire, justo antes de romperse la mitad de los huesos contra la luna delantera. Solo esperaba que fuese instantáneo, que no le diese tiempo a sufrir.

—Por favor no, por favor no, por favor… —gimoteó mientras, más abajo, sus piernas continuaban moviéndose como pistones.

Entonces, ocurrió algo inconcebible: dejó de oír el motor con el oído derecho y, en su lugar, el rugido le saturó el izquierdo. Solo durante un segundo. Después empezó a disminuir también en él. Cándido no entendió nada, y cuando abrió los ojos para ver qué demonios estaba sucediendo una estela de partículas de polvo en suspensión se lanzaron a arañarlo. Eso lo dejó tan confundido que paró de pedalear. No obstante, la bicicleta continuó avanzando, movida por su propia inercia, y se adentró en el vientre de una nube marronácea que ahora se levantaba ante él.

¿Dónde coño se había metido?

Lo descubrió poco después, cuando la nube de polvo se elevó por encima de su cabeza. El coche estaba cruzado en medio del camino. La puerta del conductor se encontraba abierta y Enrique se hallaba apoyado contra la carrocería, de cara a él. Tenía un cigarrillo entre los labios, y en ese momento expulsaba una bocanada de humo por una esquina de la boca. Llevaba el mono de motorista y las botas, el pelo se le agitaba con la brisa y sus ojos lo miraban con la misma firmeza con que un anzuelo se clavaría en la boca de un pez.

—¡¿Qué coño te crees que haces?! —inquirió Cándido, esforzándose por dejar de temblar.

Enrique soltó una risotada.

—Lo que quiero —contestó.

—¡¿Lo que quieres?! —repitió Cándido—. ¡Estáis locos!

—No te creas —dijo Enrique.

Era extraño. La distancia que les separaba era la misma: unos diez metros. Sin embargo, él se veía obligado a levantar la voz para hacerse oír mientras que a Enrique le bastaba con hablar en un tono normal.

—El tiempo me dará la razón —aseguró Enrique, y le dio una chupada a su cigarrillo como para afianzar esa afirmación.

—¡Sois tu padre y tú los que queréis que me cuelgue, no yo! ¡Por fin me he dado cuenta! ¡No sé qué sacáis con esto, pero se acabó!

Enrique sacudió la cabeza a un lado y al otro como si estuviera ante un niño desobediente.

«No sé que voy a hacer contigo», decía ese gesto.

—Pobre gilipollas —musitó Enrique, pero a los oídos de Cándido no llegó con menos claridad de lo que lo habría hecho si lo tuviera a solo un palmo de distancia. De nuevo, ese extraño desfase espacial—. Tendría que haberte arrollado en lugar de darte otra oportunidad para que recapacitaras.

—Irías a la cárcel —aseveró Cándido.

Enrique sopló una risa por la nariz. Como si aquello tuviera alguna gracia.

—Nadie sabe que estoy aquí —indicó.

—¿Ah, no? ¿Cómo sabes que no les he hablado de ti y de tu padre a otras personas? —inquirió Cándido.

—Porque lo sé —dijo Enrique, haciendo bailotear el cigarrillo entre sus labios.

«Y porque soy idiota», se lamentó Cándido que, en efecto, no había hablado de ellos con nadie.

—Déjame pasar —exigió, rabioso.

Estaba muy enfadado con él, pero no más que consigo mismo.

Enrique actuó como si no lo hubiera oído. Permaneció recostado contra el lateral del Seat, fumando y expulsando el humo muy despacio, de modo que este le ocultaba el rostro. Una especie de mortaja rizada y etérea que, al disolverse, mostraba a Cándido lo que *de verdad* había debajo. Solo por un instante, antes de que volviera a demudarse para adquirir el aspecto de Enrique. Aquella cosa tenía una mandíbula mucho más ancha y sobresaliente, sus dientes estaban afilados como navajas y, entre ellos, había restos de comida en

avanzado estado de descomposición.

Restos pertenecientes al cuerpo de su madre, supo Cándido sin ningún género de dudas.

—Dale otra vuelta al asunto. Y esta vez quiero que llegues a la conclusión de que no hay mejor salida que el suicidio —dijo, antes de incorporarse y meterse de nuevo en el coche.

Cándido esperó mientras lo arrancaba y aceleraba en dirección a la casa. Pero aun cuando pudo volver a ponerse en movimiento, no lo hizo de manera instantánea. Tenía la carne de gallina y el vello de punta y temblaba de pies a cabeza.

¿Quiénes eran esos dos exactamente? ¿Acaso había dejado hospedarse en su casa a un par de demonios? Trató de contestarse, pero no fue capaz de articular el pensamiento difuso que se proyectaba en su cabeza. Era demasiado horrible para liberarlo de la cárcel en que se había convertido aquel rincón oscuro de su mente y permitirle vagar a sus anchas.

18.

Federico entró en el camino de acceso, montado en una vieja moto de 49 centímetros cúbicos pesada como una cría de elefante, poco después de que comenzara a caer el sol. En el portapaquetes llevaba una caja de cartón llena de agujeros afianzada a la estructura metálica mediante gomas elásticas planas y de color negro. Cándido soltó la azada y echó a andar en su dirección. Cuando llegó a su altura, Federico ya había liberado la caja y la había depositado en el suelo, justo entre sus pies.

Amapola caminaba al lado de Cándido pero, tan pronto como le llegó el familiar olor del interior de la caja, echó a correr hacia ella. Pegó la nariz a los agujeros, cada vez más excitada, y luego le lanzó un par de ladridos a Federico, como apremiándole a acabar con la intriga de una vez. Este sonrió, hincó una rodilla en tierra y retiró las solapas. Lo que dejó al descubierto era lo más tierno que Cándido había visto en toda su vida.

—Quedamos en que el marrón —repuso.

—Lo sé. Pero al cogerlo he pensado que igual te apetecía decantarte por otro —adujo Federico.

Esa mañana, sentados en un par de taburetes del bar de Lucas, habían estando hablando del parto de su perra. Según le contó, meses atrás se le había escapado y no había regresado hasta la mañana siguiente. Menos de veinticuatro horas, que habían bastado para que la montara un perro de los muchos que sobrevivían por las inmediaciones del pueblo y la preñara. Volvió hambrienta, sedienta y con vida nueva en sus entrañas, pero Federico no se percató de esto último hasta bastante después, cuando el vientre comenzó a hinchársele y las tetas duplicaron su tamaño. Había pensado en sacrificarlos cuando nacieran, pero esa posibilidad desapareció tan pronto como los tuvo delante. Creía que podría, pero llegado el momento su determinación flaqueó. Ahora, Amapola olisqueó a los tres que había llevado, y por cómo reaccionó todos parecieron contar con su aprobación.

—Lo sé, lo sé. Pero tenemos que elegir —repuso Cándido.

Fue como si lo hubiera entendido, porque la perra soltó un único gañido agudo y comenzó a lamerlos. Las babas les pegó el pelo húmedo a la piel. El ansia de Amapola por ser madre no le permitía decantarse por uno, en detrimento de los otros dos. Esa mañana, Federico le había explicado que solo tenían un mes de vida, algo que

quedaba de manifiesto por el esfuerzo que les costaba conservar el equilibrio.

—No. Me niego, ¿me oyes? —protestó Cándido.

Entonces, Amapola se volvió hacia él y comenzó a ladrarle. El sonido viajó cientos de metros a través de la llanura antes de extinguirse. Cándido comprendió que su perra estaba acusándolo de tratar a aquellos cachorros como mercancía en lugar de como los bichos tiernos y esponjosos que eran y, casi sin darse cuenta, empezó a ceder terreno. La cosa empeoró aún más cuando Amapola empezó a sacarlos de la caja con los dientes y a depositarlos en el suelo de tierra.

—Parece que le gustan todos —rio Federico. Cándido le preguntó qué iba a hacer con los que no pudiese endosarle a nadie—. Sacrificarlos. Lo prefiero a abandonarlos en medio de ninguna parte.

Cándido suspiró.

—Nos los quedamos —decidió.

—¿A los tres? —preguntó Federico, sorprendido y entusiasmado a partes iguales—. Oye, por mí fantástico. Me quitas un problema de encima.

Cándido se acuclilló junto a Amapola y la tomó por la quijada.

—¿Qué dices, chica? ¿Podrás encargarte de todos ellos tú sola?

La perra lanzó otro de sus estentóreos ladridos.

—Me da que no va a descuidarlos ni un momento —comentó Cándido a su vecino.

—Sí. Eso parece —convino Federico, y soltó una risotada.

Cándido rio con él. Luego le preguntó si le apetecía una cerveza.

—Los médicos dicen que es importante estar hidratado —contestó este, encantado de la transacción que acababan de llevar a cabo—. ¡Y qué demonios! ¡Esto hay que celebrarlo!

Bebieron mientras observaban los cuidados que Amapola les dispensaba a los cachorros. Siguió lamiéndolos durante un buen rato a fin de apaciguarlos y luego, cuando se calmaron, se tendió sobre el vientre junto a ellos. Cándido nunca había dejado que la montase ningún perro, pero ahora se daba cuenta de lo injusto que había sido pasando por alto los deseos de Amapola de ser madre.

—¿Tendrán hambre? —preguntó Cándido.

—Puede ser —contestó Federico.

Cándido entró en la casa y vertió leche en un plato. De regreso al porche, esquivó la soga que pendía de la viga de madera del comedor. Lo hizo casi de manera inconsciente, como si la cuerda se hubiera convertido en un elemento más de la sucinta decoración de la casa. Salió afuera y depositó el plato en el suelo. Luego cogió uno a uno a los cachorros y les mojó el hocico de leche.

—Venga, comed —les dijo.

Acarició la cabeza de Amapola, que parecía tranquila pero atenta a lo que sucedía a su alrededor, y regresó junto a Federico. Estuvieron charlando sobre la cosecha. Sobre lo bien que le vendría a la tierra que lloviera a lo largo de esa semana y sobre lo que planeaba sembrar de cara al verano.

—Bueno, pues yo me voy —anunció Federico, tras apurar su botellín, cinco minutos después.

Se despidieron y su vecino se subió a la moto, ahora mucho más ligera de equipaje que a la llegada. Ambos estaban satisfechos con el trato que acababan de cerrar. Aunque, sin duda alguna, ninguno era tan feliz en ese momento como Amapola, que había pasado a convertirse en la matriarca de una familia numerosa. Cándido siguió con la vista a Federico mientras se alejaba por la carretera de tierra. En algún momento, no sabía cuándo, su cerebro había registrado un paquete de información —que había almacenado sin analizar— y que ahora saltó a la primera línea de pensamiento e hizo que mirara hacia el camino de acceso.

Estaba impoluto, sin más marcas que las de las ruedas estrechas de la moto de Federico. Como si el viento hubiera peinado la tierra hasta allanarla. Solo que hacía tiempo que por allí no soplaba una brisa lo bastante fuerte como para hacer algo semejante.

Comprendió que el paquete de información había consistido en haber cobrado conciencia de la súbita desaparición del Seat de Vicente y la moto de Enrique. Como si ambos fueran los conejos metálicos de una chistera gigante cuyo mago casi pudiera tocar las nubes con la punta de los dedos.

«No estás soñando», oyó que decía una parte de él. *«Todo es justo tal y como lo percibes».*

Recordó la primera vez que había visto a Vicente. Un hombre perdido y con mucha sed, que tras explicarle que aún le quedaba un largo camino por delante, le había preguntado si cabría la posibilidad de que pudiera echarse una siesta en una cama como Dios mandaba. Después de eso, Cándido no sabía bien cómo, había terminado instalándose allí con él. En un momento de su vida en el que se

hallaba en el fondo de un pozo de tristeza del que no se sentía con fuerzas para salir.

Mientras pensaba en ello, cruzó el porche y se detuvo en el umbral de la puerta. La soga pendía en medio de la estancia como un amuleto maléfico a la espera de un cuello que adornar.

¿Y acaso no había sido Vicente quién le había sugerido lo de colgarse? No de un modo directo. No le había dicho *«¿Te has planteado el suicidio como solución a todos tus problemas?»*. No, había sido mucho más sutil. Le había preguntado si esa vida era la que planeaba llevar hasta el día en que se muriese. En otras palabras, Vicente le había dado la semilla de la idea y el agua para que la regara y su cerebro había hecho el resto.

Entonces, a tiempo de evitar que diera un paso irreversible al vacío, había aparecido Amaya. La había conocido en el bar de Lucas. Le había desvelado su identidad —¿por qué no le había preguntado cómo sabía que era *a él* a quien debía dirigirse?— y luego explicado que estaba allí para hacer las paces con su marido. Porque ambos tenían localizadores GPS implantados bajo la piel. Esa era la razón que le había dado para justificar que lo hubiera encontrado con tanta facilidad. Sonaba tan absurdo ahora que barruntaba la verdad. Pero él la había creído, por supuesto. Porque, en realidad, no tenía alternativa, ¿verdad? Ahora comprendía que no estaba allí por Vicente sino para salvarle de la oscura influencia que este ejercía sobre él. De su sed de muerte. Por eso había reaccionado tan mal cuando la había visto llegar. Porque no solo no eran pareja. Eran porciones antagonistas de su mente. Enemigos en una guerra en la que Su Vida era el trofeo.

Se acuclilló ante la chimenea y removió los restos de ceniza con los dedos. Por más que buscó, no encontró dientes, huesos o restos calcinados de tela que le indujeran a pensar que allí se había quemado a alguien.

¡Qué locura! ¡¿Cómo podía siquiera sospechar que habría tolerado que se hiciera algo así en su propia casa?!

En la habitación en la que Vicente y Amaya se habían alojado la cama estaba hecha. Tampoco había restos de tierra o ropa tirada en el suelo, ni vasos de agua en las mesitas de noche. Olfateó el aire y no detectó el menor rastro del olor característico a piel caliente y vapores que los seres humanos dejaban a su paso.

Entonces cayó en la cuenta de algo que le cortó la respiración y le aflojó las rodillas, y tuvo que agarrarse al marco de la puerta para conservar el equilibrio.

Era algo tan aterrador que por unos instantes no pudo moverse, como si una fuerza invisible lo ciñera igual que a uno de esos rollos de carne rellena que vendían por Navidad.

Tan pronto como volvió a ser dueño de sí mismo, salió de la casa y fue al cobertizo de atrás, cogió una pala y echó a andar hacia el lugar en el que había encontrado a Vicente y a su hijo cavando la tumba para Amaya. El corazón le latía a mil por hora. A Enrique lo había *creado* su parte suicida para desequilibrar la balanza, después de que Amaya llegara para contrarrestar el efecto que Vicente estaba ejerciendo sobre él. Y para ello nada mejor que un motorista psicópata con veneno en lugar de sangre corriéndole por las venas. Un tipo sin escrúpulos que odiaba a su madre y que llevaba toda su vida buscando una excusa para acabar con ella. De nada habían servido los esfuerzos de Amaya por ganarse su perdón. Porque la parte de él que daba forma a Enrique no estaba dispuesta a dejarse embaucar. Había ido hasta allí con la determinación de convencerle para que se suicidara, y esa zorra no iba a ablandar su negro corazón.

Encontró el rectángulo de dos metros de largo por uno y medio de ancho de tierra removida, oscura y húmeda, y el vello de la nuca se le erizó de terror ante la horrible posibilidad de que esa parte de la historia sí fuese real. Si se hubiera producido una desaparición en el pueblo se habría enterado, se dijo, en un intento por calmarse. Pero eso no significaba nada cuando el mundo estaba lleno de gente que hoy vivía aquí y mañana allá, sin más meta que ir sobreviviendo a trompicones.

¿Se habría cruzado alguien así en su camino?

O mejor dicho: ¿en el camino del motorista asesino?

Decidió que solo había una forma de averiguarlo. Empuñó la pala y comenzó a cavar.

Recordaba que Vicente y su hijo no la habían enterrado a demasiada profundidad. Como si esperaran que el olor a descomposición atrajera a los depredadores. Con los últimos rayos de sol brillando en el horizonte, sacó una palada tras otra, que arrojaba a un lado, jadeando por el esfuerzo. Solo después de retirar unos treinta centímetros de tierra de la parte central y comprobar que allí no había nada soltó la pala y permitió que sus músculos se relajaran. Cayó de rodillas junto a la tumba vacía y lloró.

Lo hizo durante mucho rato, y para cuando consiguió calmarse ya era noche cerrada. Una parte del llanto era de dolor por la pérdida de su mujer. Eso nunca había desaparecido. Pero ahora también lloraba de miedo por lo cerca que había estado de perder la cordura.

¿Cómo había podido su cerebro colapsar de semejante manera?

Por suerte, todo había terminado, ¿verdad? Vicente, Enrique y Amaya habían desaparecido para siempre.

Al menos, eso esperaba.

Tambaleándose, regresó a la casa y cogió la escalera de tijera que había apoyada contra la pared. Luego la abrió justo bajo la soga y subió, peldaño a peldaño, hasta el penúltimo. La última vez que había estado en una situación semejante se la había pasado por la cabeza y ceñido en torno al cuello. Ahora, en cambio, la lanzó por encima de la viga y la vio caer al suelo con un chasquido húmedo. Desde aquella altura parecía la piel reseca desechada por una serpiente enorme. Bajó de la escalera y se llevó ambas cosas al cobertizo.

De vuelta al claro de la parte delantera, volvió a examinar el camino de acceso. Las únicas rodadas que allí había seguían siendo las de la moto de Federico.

«Se acabaron las visiones», se dijo.

Con más esperanza que seguridad.

Cerca de allí, los cachorros habían terminado de comer y dormitaban bajo la protección de Amapola. Se acercó a ellos y acarició la cabeza a la perra. Esta retorció el cuello para lamerle la muñeca mientras lo hacía.

Su forma de darle las gracias.

—Gracias a ti por salvarme la vida —musitó, sintiendo una oleada de amor por ella.

Seguiría triste e inconsolable durante algún tiempo, pero les había dado un nuevo hogar a esas tres pequeñas bolas de pelo al decidir quedárselas y ahora no podía fallarles. María amaba a los animales, y se enfadaría mucho con él si los abandonara a su suerte. Por eso no iba a hacerlo. Quería que se sintiera orgullosa de ser su mujer. Incluso aunque eso supusiera posponer por un tiempo su reencuentro en la Otra Vida.

-FIN-

AGRADECIMIENTOS

Si estás leyendo esto significa que has descubierto que toda la historia giraba en torno a una trampa creada por el propio inconsciente de Cándido. Nuestro cerebro ha evolucionado para convertirse en la maravilla orgánica que es en la actualidad. Pero todo Yin tiene su Yan, y en este caso no es diferente. A veces nuestra mente se convierte en nuestro mayor enemigo, y la batalla que libramos contra ella para sobrevivir es brutal. No obstante, no siempre es posible vencerla. Es entonces cuando le das la patada a la banqueta y te quedas colgando de la soga. En esta historia, Cándido sale finalmente vencedor. Pero, por desgracia, no siempre es así. Mucha gente se quita la vida debido a un gran abanico de problemas mentales. Un país como España debería tener un sistema de asistencia mental público mucho más potente del que tiene. Partiendo de la base de que, en pleno siglo XXI, el suicidio debería dejar de ser un tema tabú. Debemos asumir, como sociedad, que igual que vamos al dentista cuando tenemos una muela picada también hay que acudir al psicólogo o al psiquiatra cuando tenemos un problema que nos chupa la energía vital. Con naturalidad. Sin ningún tipo de pudor. Porque no somos máquina hechas de cables y circuitos. Por mucho que nos echemos los problemas y preocupaciones a la espalda y sigamos adelante, ¿qué necesidad hay? Para ello, nuestros políticos deberían poner los programas de higiene mental entre sus máximas prioridades cuando se lanzan a hacernos promesas electorales como si fueran mercenarios disparando ráfagas de metralleta. Destinar más recursos económicos y humanos a ayudar a las personas que están pasando por graves baches en sus vidas. Esa es su obligación, y deberíamos exigirles que afrontaran el asunto de inmediato, ya, hoy mismo. Porque el suicidio es una de esas decisiones terribles en las que no existe la marcha atrás. Cándido se salvó gracias a los cachorros que adoptó Amapola. Un golpe de suerte, se podría decir. Por eso esta historia acaba bien. Únicamente por eso. Lo cual, en el fondo, es una indignante aberración.

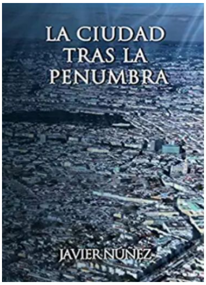
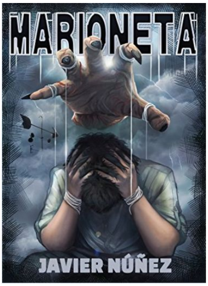
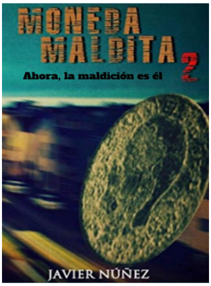
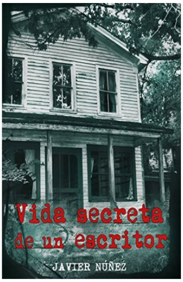
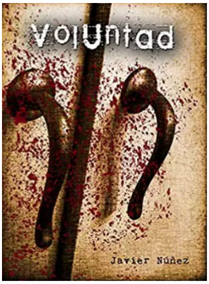
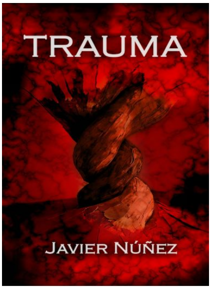
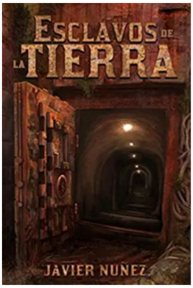
Dicho esto, quiero agradecer a mi mujer y a mi hijo su apoyo y comprensión respecto a mi necesidad de escribir. Es un trabajo muy duro y sacrificado, pero tremendamente satisfactorio, y ellos lo comprenden a la perfección.

Gracias a mis Lectores-Cero, que me habéis ayudado a mejorar la narración de esta historia, indicándome errores de todo tipo que yo había pasado por alto.

Por último (y no por ello menos importante; sé que es una frase

hecha, pero también es una verdad como un templo), también quiero agradeceros a vosotros, lectores, el tiempo que dedicáis a leer mis novelas y el cariño que me profesáis a través de las redes sociales. Escribo porque me encanta contar historias, pero si además consigues hacer pasar un buen rato a otras personas os aseguro que sienta de fábula. Ojalá sigáis a mi lado muchas décadas más.

¡Salud!

OTRAS NOVELAS DEL AUTOR (EN KINDLE UNLIMITED Y EN

TAPA BLANDA)